

HISTORIA DE LOS PRIMEROS PROYECTOS DE RESTAURACIÓN EN MÉXICO

**La Pirámide de Tepoztlán, la obra de Francisco Rodríguez (1895) y
la restauración de la arquitectura prehispánica**



Daniel Schávelzon

**Tesis de Maestría en Arquitectura con especialidad en
Restauración de Monumentos**

Facultad de Arquitectura

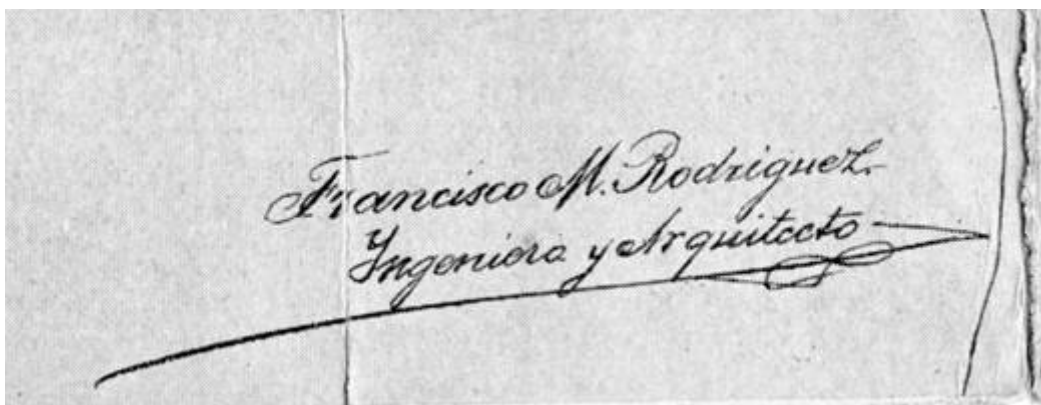
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

1981

Nota (año 2010):

Esta tesis de maestría presentada en 1981 cuando este tipo de temas, es decir la historia y la teoría de la restauración, estaban aun en sus inicios, es una reconstrucción de la versión original perdida. Hemos usado un borrador conservado, artículos contemporáneos, sectores fotocopiados por amigos que los guardaron y el reencuentro reciente en México de las fotografías. Los cambios que están ocurriendo en las bibliotecas de la UNAM con la digitalización hicieron imposible encontrar el ejemplar que allí debe existir, sin el tiempo suficiente y entre otras miles. Creemos que salvo algunas diferencias mínimas se la logró rehacer incluso en las notas y bibliografía. Sabemos que hay faltantes en las notas al pie del capítulo 1, únicas que no pudieron salvarse completas.

Resulta ahora interesante observar que muchas de estas ideas, pese a los tremendos cambios en la des-ideologización del problema que caracterizó la década siguiente, fueron discutidos, elaborados y publicados por otros y por mí mismo, lo que significaba que el tema existía. Y algunos interrogantes, pese a lo simple de los planteos, siguen aun en pie. Por otra parte fue útil para demostrar que quienes son considerados como los creadores de la restauración, Ruskin y Viollet-le-Duc, no tuvieron influencia real en América Latina y aparecen con los historiadores del tema a partir de la década de 1970, como manera de cubrir sus propias faltas de información en lo que sucedió en América Latina.

A black and white photograph of a handwritten signature in cursive script. The text reads "Francisco M. Rodríguez" on the first line and "Ingeniero y Arquitecto" on the second line. The signature is written on a piece of paper with a vertical crease down the center. A horizontal line is drawn across the bottom of the signature.

Firma de Francisco Rodríguez en 1895 al pie del plano de Tepzotlán.



- A Templo del Tepozteco
- B Altar
- C Cuarto para guardar los objetos del culto
- D Habitación principal del sitio
- E Terrazas con habitaciones, cocinas y talleres
- F Caseta custodios
- G Escaleras de acceso



Arriba: plano del sitio hecho en 2005 por el INAH, nótese que ya no se dibujan los muros de las construcciones en las terrazas, los que estaban a la vista en 1980.

“Lanzarse a la polémica no es un tiempo perdido,
porque la polémica genera ideas e impulsa a un
examen más atento de los problemas dudosos.

La contradicción ayuda a resolverlos”.

“¿Disipar los prejuicios, exhumar las verdades olvidadas,
no es, por el contrario, uno de los mejores medios para
desarrollar el progreso?

Viollet-le-Duc, 1868

Índice

1. Introducción
2. La obra de Francisco Rodríguez
3. La restauración y puesta en valor de Tepoztlán
4. Trabajos arqueológicos contemporáneos
5. Restauración y readecuación de funciones de edificios coloniales en México (1880-1910)
6. Las influencias de E. E. Viollet-le-Duc
7. Una explicación teórico-ideológica de los orígenes de la restauración en México
8. Algunas notas sobre *restauración, apropiación del pasado y uso oficial de la historia*
9. Conclusiones

10. Notas y bibliografía
11. Apéndices

I) Introducción

“El derredor de esta pirámide hay mucho que exhumar, mucho que aun queda oculto en las entrañas de los bosques, en la espesura de las montañas, sólo quizás a algunos palmos bajo la tierra, que vendrá a completar tan grandioso cuadro que derramará luz inesperada sobre muchos puntos oscuros de nuestra historia”

Francisco Rodríguez, 1895

Esta tesis tiene dos objetivos fundamentales. El primero de ellos es analizar sucintamente algunos de los que consideramos han sido los primeros proyectos de restauración de monumentos en México y América Latina. El segundo lugar hacer algunas notas sobre varias ideas referentes a la misma historia de la restauración y conservación del patrimonio cultural, al igual que acerca de su teoría. Esperamos poder cumplir con ello.

El origen del interés en esta temática surgió en la medida en que a lo largo del desarrollo de la Maestría en Restauración de Monumentos que estamos finalizando, he visto que era en realidad poco lo que se sabía sobre los orígenes de la especialidad. Y que también eran pocas las interpretaciones teóricas sobre su papel social, su inserción dentro del sistema político económico general, la ideología que conlleva y demás aspectos.

No hay duda que existe ya una larga bibliografía crítica; y algunos pocos trabajos en que se ha tratado de llamar la atención sobre la necesidad de construir una teoría ideológica y una historia social del tema, pero esto aun no se ha logrado.

¿Cuáles son las causas que determinan el surgimiento, en un momento histórico determinado, de una especialidad científica, de una tendencia dentro de las ciencias sociales, de una especialización determinada? Esta es una de las preguntas que en ciertas oportunidades nos hacemos, en particular cuando vemos que, como sucede en este caso, las bases sobre las que una rama de la antropología se sostenía, entró en crisis. Obviamente la crisis de la arqueología en América Latina no es nueva, pero en los últimos años la situación se ha puesto considerablemente aguda. También la restauración de monumentos y sitios arqueológicos ha vivido golpes brutales, que no sólo han puesto en duda sus objetivos, sino que han logrado que su camino se modifique¹.

Esta crisis de la arquitectura es sin duda indiscutible, y más aun la de la restauración: desde 1970 prácticamente todas sus bases teóricas y prácticas han sido duramente criticadas y la bibliografía al respecto es ya muy grande. Por ejemplo, se han revisado temas como la relación entre el sistema capitalista y la conservación del patrimonio, la reconstrucción hipotética, el turismo masivo y la adecuación de las ruinas a ello², las técnicas de restauración en general, los contenidos ideológicos de esos trabajos, incluso del uso turístico del patrimonio como causa de subdesarrollo³, y para no hacerlo muy largo temas como la renta de la tierra y la arquitectura a conservar, la destrucción por el Estado, el uso oficial de la cultura y otros temas, son actualmente puestos en duda y reconsiderados.

¹ Para la restauración arqueológica actual véase: Augusto Molina, *La restauración arquitectónica de edificios arqueológicos*, INAH, México, 1975; para la crisis en la antropología recomendamos: Manuel Gándara, *La arqueología oficial en México*, Tesis ENAH, México, 1978; Ruth Arboleyda, *En torno a la crisis de la antropología nacional*, INAH, México, 1979.

² *Boletín del Centro de Investigaciones Históricas y Estéticas*, no. 16, Caracas, 1975, está dedicado a ese tema.

³ Ana García de Fuentes, Cancún: turismo y subdesarrollo regional, UNAM, México, 1979; Jaime Garduño, Breves notas sobre la desintegración de la comunidad indígena cobaeña, *Boletín de la Escuela de Ciencias Antropológicas*, no. 40, Mérida, 1980.

Y todo esto sin entrar en otros problemas más importantes aun: qué es y qué no es “cultura” (este tema lo tratamos más adelante), qué es conservar y qué es restaurar, para quién se lo hace, quién está interesado en ello, cuál es el uso que las empresas transnacionales del turismo y la hotelería hacen de él, etc.

Cuestiones básicas para la conservación monumental, tales como ¿a quién le sirve el patrimonio cultural?, ¿quién lo utiliza en su provecho?, ¿cuál es la inserción del turismo transnacional?, ¿qué tipo de imagen del mundo prehispánico estamos dando?, ¿cuáles son los monumentos que se restauran y cuáles no?, ¿hasta dónde la política cultural de un país determina el tipo de trabajos a realizar y hasta qué punto la concepción tecnocrática del desarrollo está determinando los trabajos específicos?, ¿qué pasó con las poblaciones tradicionales frente a los embates del turismo?, ¿por qué se “reconstruyen” los edificios? Estas son sólo una parte de las cientos de preguntas que hoy queremos respondernos y no es fácil. Es por esto que, en ciertas oportunidades, necesitamos volver a mirar hacia atrás, revisar lo que se ha hecho, con el objeto de mejorar nuestras miras para el futuro.

Además de reconstruir una historia de la restauración, tarea importante y que aún no se ha realizado, con la excepción de algunos artículos o ponencias muy pioneros dentro del tema, también es de gran trascendencia el poseer una teoría que convalide esta práctica en sus diferentes aspectos, fundamentalmente el ideológico.

Este trabajo no intenta lograr ninguno de estos dos objetivos, si no solamente inscribirse modestamente en el desarrollo de ellos, rescatando y analizando el que a la fecha consideramos como uno de los primeros trabajos de puesta en valor de un sitio arqueológico y su contexto; concretamente, la pirámide del Tepozteco y el poblado de Tepoztlán, realizado en 1895 por Francisco Rodríguez. No hay duda que hubieron trabajos anteriores, quizás incluso más completos que este, pero fueron realizados por organismos estatales de los Estados Unidos en otros países fuera de México y sus intereses eran totalmente diferentes.

Otro aspecto de estas notas es el de revisar, aunque sea someramente, la carga ideológica que llevó a este arqueólogo, al igual que a muchos otros, a realizar ese tipo de trabajo. Tratar de ver cuál fue realmente la influencia de las teorías europeas, en particular las de Eugene Viollet-le-Duc, actualmente considerado el *padre* de la restauración. Creemos que es factible demostrar que, si bien a fin de ese siglo ya se conocían aquellas

ideas francesas (y las inglesas y alemanas), o por lo menos las conocía un selecto grupo de arquitectos, no tuvieron prácticamente ninguna trascendencia. Hasta el presente no hemos hallado ni la más mínima cita entre los arqueólogos y arquitectos de la época, que muestren influencias directas de él para el inicio de los trabajos de restauración. Pensamos que fue hacia 1950 o después en que se le dio a Viollet-le-Duc y a Ruskin la importancia teórica que actualmente tienen.

Si bien los inicios de la arqueología de tipo científica están íntimamente enraizados con el positivismo de Comte y otras teorías del capitalismo liberal-imperialista de Europa y Estados Unidos, este no es el mecanismo único que nos explica la fenomenología del desarrollo de la arqueología en México y en América Latina. Por lo general las teorías explicativas tienden hacia dos polos: los que aceptan mecánicamente y sin razonar siquiera que las historias de los países centrales y los dependientes son las mismas y la forma de estudiarlas es igual, con lo que explican la restauración en México a partir de su evolución en Europa haciendo un trasplante antihistórico y acientífico. Y los que por otro lado niegan toda relación, tratando de construir una historia independiente para América Latina. Creemos que la realidad no es una ni otra: debemos partir del hecho innegable de que la dependencia existe, y es tan real que la vemos a diario; pero que también los países de América vivieron su propio proceso inmersos dentro de esta dependencia, y construyeron su propia historia: esa es la que ya es hora de que comencemos a estudiar con seriedad.

También nos hemos extendido un poco en la descripción y análisis del propio monumento trabajado. Si bien esto puede resultar un poco tedioso, creemos que es imprescindible diferenciar perfectamente los trabajos originales realizados en la pirámide y sus alrededores, de los más modernos, ya que estos últimos no sólo son de una calidad bastante discutible si no que muestran un retroceso notable, tanto técnico como de concepción del patrimonio arquitectónico. Es por eso que trataremos de mostrar, en base a las pocas evidencias existentes, las diferentes épocas y trabajos que en la pirámide coexisten.

Asimismo, una lectura coherente de los sitios prehispánicos restaurados, no solo implica el entender la propia arquitectura y urbanismo precolombinos, si no también la intervención de los arqueólogos y restauradores contemporáneos. Es más que obvio que los cambios introducidos por éstos modifican la imagen del sitio (para bien o para mal) y es

imprescindible el manejar con claridad no sólo los trabajos realizados, si no también una clara decodificación a nivel ideológico de las connotaciones incluidas tras esos trabajos.

Esperamos que esto abra una nueva línea de búsqueda dentro de la especialidad, la restauración de monumentos, con el objeto de comenzar con su necesaria reubicación dentro de una ciencia social marcadamente nueva.

II) La obra de Francisco Rodríguez

“Mejor será que guardemos con más veneración las reliquias sagradas de un pueblo, de una raza, de una civilización sacrificada en el albor de su vida a que se perdiese para siempre en la eternidad”.

Francisco Rodríguez, 1899

En realidad, la obra de este desconocido arquitecto es poca y difícil de rastrear. Sabemos que era arquitecto, típico representante de la burguesía nacionalista del Porfirismo y que trabajó parte de su vida en la arqueología y en la arquitectura. Mezcló un poco ambas áreas -cosa común en su tiempo, por cierto-, siguiendo la línea de Leopoldo Batres, Manuel Álvarez y otros compañeros de la época.

Es posible que su poco prestigio, que ha hecho que no aparezca citado en casi ningún libro de arquitectura o arqueología, o en los diccionarios biográficos de ese tiempo, haya sido más por su aparente “locura” que por otros motivos. En su época era conocido bajo el seudónimo de *Tepoteztecocanetzin*, y se consideraba a sí mismo como descendiente del dios Tepozteco. Más aún porque provenía de esa localidad de Morelos.



Ayuntamiento municipal posible obra de Rodríguez.



Kiosco de la plaza de Tepoztlán, obra atribuida a Rodríguez.

Sus trabajos en las ruinas ya los analizaremos en detalle, pero se destaca el acceso a ellas, el museo, las construcciones auxiliares y la limpieza y restauración de la pirámide. Levantó los planos que luego publicaron Seler, Saville, Robelo, Marquina y otros más tarde, y proyectó también obras para su ciudad natal. Sólo nos ha quedado un proyecto de un monumento “neo-indígena” para la plaza central⁴, que nunca se llegó a

⁴ El monumento puede apreciarse en el libro de Israel Katzman, 1964, *La arquitectura contemporánea Mexicana*, INAH, México, (lam. 27c y pág. 79) en una foto de la maqueta. El proyecto original está publicado en *El arte y la ciencia*, 1899 (artículo firmado bajo el seudónimo de Tepoztecocanetzin Calquezani, y más

construir. Sabemos también que encabezó la delegación del XI Congreso Internacional de Americanistas que visitó la ciudad y las ruinas en 1895. Pocos años después llegó a subdirector del Museo Nacional.

Un proyecto que pensamos debió haber realizado él es el de la remodelación de la fachada del Municipio de Tepoztlán, obviamente llevada a cabo en esos años, y donde se aprecia la mano de un arquitecto profesional que supo adaptar -por lo visto con poco dinero-, una construcción de bóvedas coloniales a un pórtico clasicista europeizante. Respecto al edificio municipal anterior, del que sólo resta la parte posterior, cuenta Rivera Cambas⁵ que: “son piezas abovedadas, pero de mal aspecto por su poco aseo. La cárcel puede llamarse mejor, sitio de tormento inquisitorial: está sin ventilación, el piso es inmundo”.

Por suerte también nos han quedado algunos escritos de Francisco Rodríguez que nos ubican rápidamente en su forma de ser y de pensar. Por ejemplo, la ya citada ponencia al Congreso Internacional de Americanista⁶, un interesantísimo artículo intitulado *La habitación privada de los aztecas en el siglo XVI* publicado en los *Anales del Museo Nacional* de 1905, un fragmento de un artículo sobre la “Arquitectura aborígen”, publicado por Manuel Álvarez en su libro sobre *Las ruinas de Mitla y la arquitectura nacional*, sin duda el máximo alegato en defensa de una honrada arquitectura de tipo nacionalista, además de dos publicaciones similares en la Revista *El arte y la ciencia*.

tarde reproducido por Manuel F. Álvarez, 1900, op. Cit.). Un análisis completo del tema puede verse en Daniel Schávelzon, *La arquitectura neoindígena en México*, UNAM, 1980 inédito.

⁵ Rivera Cambas, 1883, op. Cit.

⁶ Francisco Rodríguez, 1895, op. Cit.



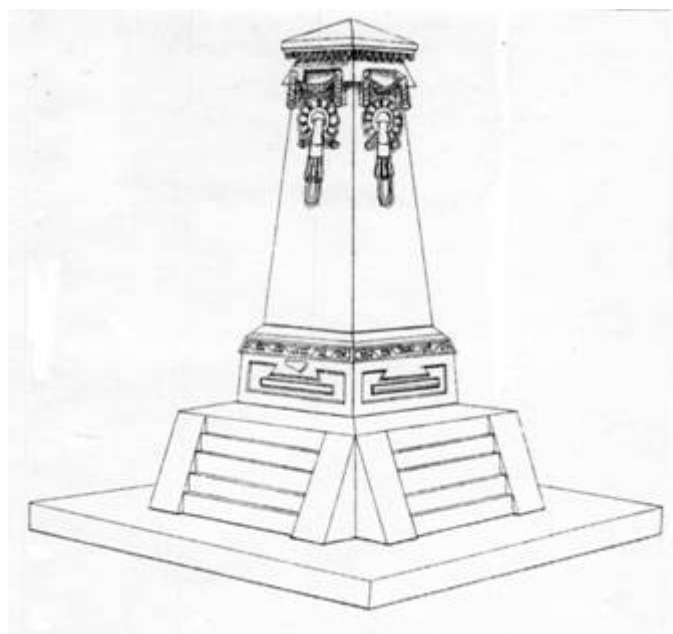
Grandes obras de restauración en la pirámide de la Luna en Teotihuacán hechas por Rodríguez en sus dos intervenciones.

Quisiéramos destacar el segundo trabajo antes citado, el de la vivienda de Morelos. Notamos en él las influencias de Viollet-le-Duc, aunque el autor no lo cita en forma específica. Pero lo destacable es que la casa descrita y analizada no tiene ni la menor relación con la realidad de la vivienda prehispánica. No hace falta mucha sabiduría para notar que es un tipo de construcción totalmente alejada de una realidad que jamás pudo Rodríguez ver y que se encuentra mucho más cerca de Grecia y Roma. No hay más que mirar los planos para entender esto. ¿Imaginación desmedida?, ¿falsificación histórica?, es difícil de decir, pero muestra claramente la producción intelectual de un hombre particular en un momento crucial de la historia de México. Lo increíble es que el Museo lo haya aceptado para su publicación.

Los otros artículos anotados nos parecen importantes, al igual que toda la propuesta de creación de una “arquitectura nacional”, los argumentos manejados son de gran nivel y muestran una capacidad de crítica por una parte demoledora, y por otra profundamente constructiva. Resaltamos esto porque estamos profundamente convencidos que la única teoría que existía para este grupo de pioneros de la arqueología y la restauración, era esa mezcla rara de nacionalismo, indigenismo y positivismo. Es erróneo buscar los orígenes de estos trabajos en las teorías europeas, pues toda teoría de por sí hace referencia y sirve para hacer comprensible – para explicar y a veces para justificar- una realidad previa.

Respecto al monumento que se pensaba erigir en Tepoztlán, él mismo publicó una foto, dibujo y descripción varios años después, concretamente en 1899. El llevar a la imprenta eso respondió a la polémica antes señalada de la “arquitectura nacional”, en la que tomó parte importante. Justamente lo tomó como uno de los dos únicos ejemplos valederos de esa propuesta existente a la fecha: el monumento a Cuauhtémoc y el de Tepoztlán. La justificación alegada estaba en el programa, por una parte, y por otra en un lúcido análisis ideológico del significado formal de la arquitectura y los monumentos. La historia de este monumento fue publicada por su proyectista en el *Boletín del Museo Nacional*, de 1912. Repetimos aquí el programa que le fue impuesto al autor para el proyecto nombrado:

“El Ayuntamiento de la Municipalidad de Tepoztlán, Estado de Morelos, desea que se perpetúe el recuerdo de los memorables trabajos emprendidos para descubrir la pirámide del Tepozteco y el de la reunión del XI Congreso de Americanistas en la ciudad de México, mediante: metro, vara castellana, tarda y pie mexicano (íxcitl). La altura de la pirámide sobre la plaza, y la de ésta sobre el nivel del mar, las coordenadas geográficas y la inauguración del Museo de Antigüedades en esta ciudad, debiendo adoptarse como estilo para el monumento el azteca puro.”



Proyecto de monumento hecho por Rodríguez para Tepoztlán en homenaje a la visita de los integrantes del Congreso de Americanistas de 1895.

Para finalizar, queremos traer a colación un trabajo olvidado de Rodríguez: la excavación y restauración de la pirámide de la Luna en Teotihuacan. En 1911, por encargo oficial y reemplazando a Batres, comenzó con la exploración del lado oriente, exactamente en el ángulo suroriente, el que fue despejado y luego restaurado con sumo cuidado, en especial el segundo talud, que hasta la actualidad se mantiene en perfectas condiciones. Luego fue reemplazado por Manuel Gamio y a la salida éste, en 1924 continuó los trabajos, ahora en la fachada principal, descubriendo los taludes y tableros de la estructura asociada y en especial la gran bajada de agua. Estos trabajos dieron inicio a una polémica de medio siglo. A partir de ese momento se entendieron “los errores de Batres” en la Pirámide del Sol, trabajo realizado entre 1905 y 1910. Batres había confundido esas bajadas con escaleras, reconstruyendo estas en su totalidad y dando hasta hoy una imagen falsa de la pirámide original.

Estos trabajos de Rodríguez deben rescatarse como un modelo de excavación sistemática y observación, que permitieron realizar restauraciones correctas, las que pueden contraponerse con las de Batres de un año antes.

III) La restauración y puesta en valor de la pirámide Tepoztlán

“Más fácil es a veces leer en un paredón o una pirámide perdida en un desierto, el carácter de una nación, o el paso de una raza, que en las apreciaciones de escritores vulgares o de narradores que se dan a sí mismos el título de historiadores”

Gustavo Baz, 1873

El pueblo de Tepoztlán se encuentra ubicado en las cercanías de Cuernavaca, a menos de cien kilómetros del Distrito Federal. Por diversas razones permaneció incomunicado hasta hace poco tiempo y su población fue estudiada en varias oportunidades⁷, en particular por Robert Redfield y Oscar Lewis, levantando una de las

⁷ Robert Redfield (1897-1958) es quien publicó los primeros trabajos. Una lista prácticamente completa de todas las ediciones realizadas antes de 1961 la da Ignacio Bernal en: *Bibliografía de arqueología y etnografía mesoamericana*, INAH, 1962. Podemos citar al respecto el trabajo básico: *Tepoztlán, a Mexican Village*, Chicago, 1930. Oscar Lewis, en varios trabajos, planteó una posición contrapuesta a la de Redfield. Los libros más importantes son: *Life in a Village: Tepoztlán restudied*, University of Illinois Press, Urbana, 1952 y *Tepoztlán, Village in México*, New York, 1960. La edición que utilizamos en este texto es *Tepoztlán, un pueblo de México*, Editorial Mortiz, México, 1976. Es la más completa e incluye parte de la polémica entre los dos autores.

más importantes polémicas antropológicas del siglo XX⁸. Se encuentra enclavado en un valle rodeado de enormes montañas sumamente erosionadas que adoptan formas fantásticas, las que siempre han incentivado la imaginación popular.

El pueblo de Tepoztlán, en cuya descripción no vamos a extendernos demasiado, está trazado con la tradicional cuadrícula del siglo XVI. En su centro se encuentra actualmente la plaza y frente a ella está el edificio municipal, típicamente porfirista. La fachada de este edificio es, después del convento, lo más importante del pueblo. Digo la fachada, porque en realidad fue superpuesta a una gran construcción abovedada de la época colonial.

En la parte posterior se halla el gran convento, con su atrio y claustro, construido en la mitad del siglo de la conquista. Actualmente ha sido convertido en museo, relativamente bien conservado, no así durante el siglo pasado en que cambió tres veces de dueño y se trató de ubicar allí la Penitenciaría del Estado de México y luego la Nacional. Actualmente funciona en su parte posterior un casi abandonado museo de arqueología, creado por la donación personal de Carlos Pellicer. Desde su muerte está sucio, descuidado y una gran cantidad de piezas falsas ocupan varias de sus vitrinas⁹.

⁸[8] La polémica no era formal si no de posiciones ideológicas y de compromiso ante Tepoztlán de ambos teóricos. La obra de Lewis sirvió (y sirve aún) no solamente para modificar el rumbo de la antropología social, sino para comenzar una larga serie de investigaciones en las que el antropólogo no tuviera solamente una posición “objetiva” frente a los hechos, si no que también luchara por mejorar la población en estudio.

⁹[9] Este museo no es lo mismo que Francisco Rodríguez fundó el siglo pasado. De ese nada queda más que las citas y el recuerdo. Al paso que vamos, lo mismo sucederá con este.



Ubicación de la pirámide y conjunto de El Tepozteco entre las montañas del lugar.



El camino de acceso al cerro, en gran parte se conserva el original hecho por Rodríguez.

El clima de la localidad es cálido y estable, característica que lo ha transformado en lugar de preferencia turística, al igual que Cuernavaca y muchos otros sitios del Estado de Morelos.

Las montañas que lo rodean son en realidad un desprendimiento de la cadena del Ajusco. El monumento arqueológico en cuestión se encuentra en una de ellas y está ubicado a unos 600 metros por encima de la localidad y a 2100 metros sobre el nivel del mar. Es interesante destacar las formaciones erosionadas de la zona, casi únicas en el país, y que le han dado fama a la región. Según Ignacio Marquina¹⁰:

“Estas brechas andesíticas y de materiales tufáceos forman ahora profundas y angostas quebradas de crestas sinuosas erizadas de agujas, cada una de las cuales tiene su correspondiente nombre indígena, y cuyas extrañas formas se deben a que el material tufáceo se destruye más fácilmente que las brechas.”

Demás está decir que el acceso al templo y conjunto de ruinas es dificultoso en extremo, a lo largo de escaleras que en algunas oportunidades tienen los escalones tallados en la propia roca; es un recorrido largo y cansador pero de gran belleza.

Respecto al pueblo podemos decir que, en la actualidad, presenta la extraña dualidad de gran cantidad de poblaciones del país: por un lado una estructura predominante agrícola y rural, y por otro un intenso turismo con el comercio y artesanía asociados a él. El sitio ha sido un reducido poblado desde el siglo XVI, en particular tras la gran mortandad de los primeros años de la conquista. La sociedad era totalmente rural y de bajos recursos, incluso tecnológicos. Oscar Lewis nos comenta que cuando terminó sus observaciones, es decir hacia 1950, el 80 % de la tenencia de la tierra era de tipo comunal, más un 5 % ejidal. Hasta la Revolución el arado de hierro era casi desconocido y en 1943 sólo el 4 % de las familias utilizaban arados de cualquier tipo: el resto todavía mantenía el

¹⁰ Ignacio Marquina, *Arquitectura prehispánica*, INAH, México, 1951. La cita es de la página 217.

sistema de la coa. Esto nos muestra el aspecto de marginación y miseria que todavía hoy se oculta por detrás de la fachada turística y de viviendas de fin de semana.



Fotografía de 1910 de uno de los descansos en el camino hacia el Tepozteco.

Estudios y trabajos arqueológicos en la pirámide

El monumento, demás está decirlo, fue siempre conocido y muy tenido en cuenta por los pobladores de Tepoztlán y alrededores, por lo que sería ridículo decir que este fue “descubierto” por Francisco Rodríguez. En realidad, fue él el que lo dio a conocer al mundo occidental y académico mediante los trabajos realizados en 1895. Desconocemos en realidad desde cuando Rodríguez conocía el monumento, a excepción de que los trabajos de excavación los realizó entre el 12 y el 31 de agosto de ese mismo año. Muy

poco después dio a conocer los resultados de su investigación en el Congreso Internacional de Americanistas (reunido justamente ese año en México). Sabemos que Leopoldo Batres estuvo interesado, pero desconocemos material que haya dejado sobre el tema.

De los grandes arqueólogos de la época, el primero en visitar el monumento y describirlo detalladamente fue Marshall Saville en 1896¹¹, y poco después el incansable Eduard Seler publicó una interpretación del templo, de su simbolismo y el de los grifos y relieves asociados. En realidad escribió dos trabajos los que publicó en 1898 y 1906, en sus versiones originales y luego uno traducido al inglés¹². A partir de allí no ha habido casi aportaciones nuevas ya que los autores que trataron la región repitieron los textos de Saville y Seler¹³.

Respecto al monumento en sí, nos cuenta Cecilio Robelo¹⁴ en un libro posterior a los trabajos de restauración, que:

“en la penúltima década del siglo pasado, por iniciativa nuestra, se hizo una exploración en el monumento y se llegó a descubrir en su base un hipogeo cuya importancia no pudo conocerse entonces. Pero algunos años después, el ingeniero Don Francisco Rodríguez y hoy ex subdirector del Museo Nacional, hizo una exploración muy detenida, encontró ídolos y objetos varios que extrajo, y con ellos formó un pequeño museo que se instaló

¹¹ Marsahl Saville, *The Temple of Tepoztlán, México*. Bulletin of the American Museum of Natural History, vol.VIII, pp. 221-226, 1896.

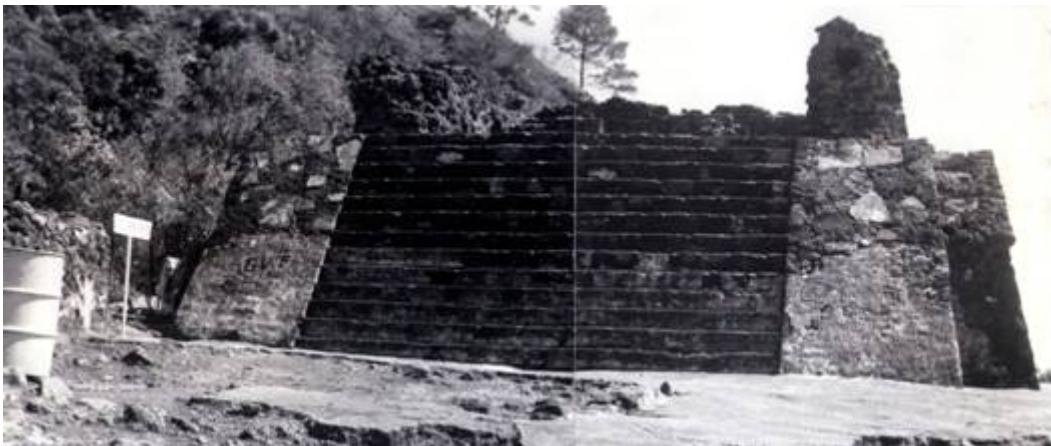
¹² Eduard Seler, Die Tempelpyramide von Tepoztlán, *Globus* vol. LXXIII, N° 8, pp. 123-129 y luego en sus obras completas, vol. III, pp. 200-214, Berlín, 1904 y reeditadas en Graz en 1960. Hay traducción al inglés editada por el Bureau of American Ethnology, *Bulletin* 28, pp. 339-352, 1904. Otro trabajo donde analiza los dioses del pulque es *Die Wandskulpturen im tempel des pulquegottes von Tepoztlán* publicado en el XV Congreso Internacional de Americanistas, vol. II, pp. 351-379, Québec, 1906, e incluida en sus obras completas, vol. III, pp. 487-513, Berlín, 1908 y Graz 1960.

¹³ En la obra citada de Bernal (1962) se puede ver una bibliografía más que extensa sobre la región

¹⁴ Cecilio Robelo (1839-1913), *Diccionario de Mitología Náhuatl*, Ediciones Fuente Cultural, México, 1951. Este libro junta las diferentes secciones en que fue originalmente publicado en los *Anales del Museo Nacional* a partir de 1905. Hay que hacer notar que las “pinturas”, que según este autor fueron copiadas por Seler y Nutali, son en realidad los relieves de la banca posterior.

en la casa municipal; descubrió en los muros del hipogeo pinturas, en su mayor parte cronográficas, que estudiadas cuidadosamente revelarán acaso un Tonalámatl o un Tonalpohualli. Varios americanistas han visitado el monumento, entre ellos los sabios Saville, Seler y Mrs. Nutall, y han sacado copias de las pinturas; pero aún no se ha dado a conocer el estudio que hayan hecho. Conocido el valor arqueológico del Tepoztecacalli, el Gobierno Federal lo puso bajo la vigilancia del Inspector y Conservador de Monumentos, Don Leopoldo Batres, quien bajo los cuidados del vigilante inmediato Don Bernadino Verazaluce, ha construido un camino que facilita la ascensión al templo y continua el estudio arqueológico del monumento”.

Es evidente que Robelo estaba equivocado respecto a la publicación de los trabajos por los visitantes nombrados, puesto que a la fecha de la primera edición de su libro ya se habían realizado las varias ediciones citadas de Seler y Saville.



Escalinata de la pirámide en 1980, se puede ver bien la diferencia entre los taludes y escalones originales y los reconstruidos.



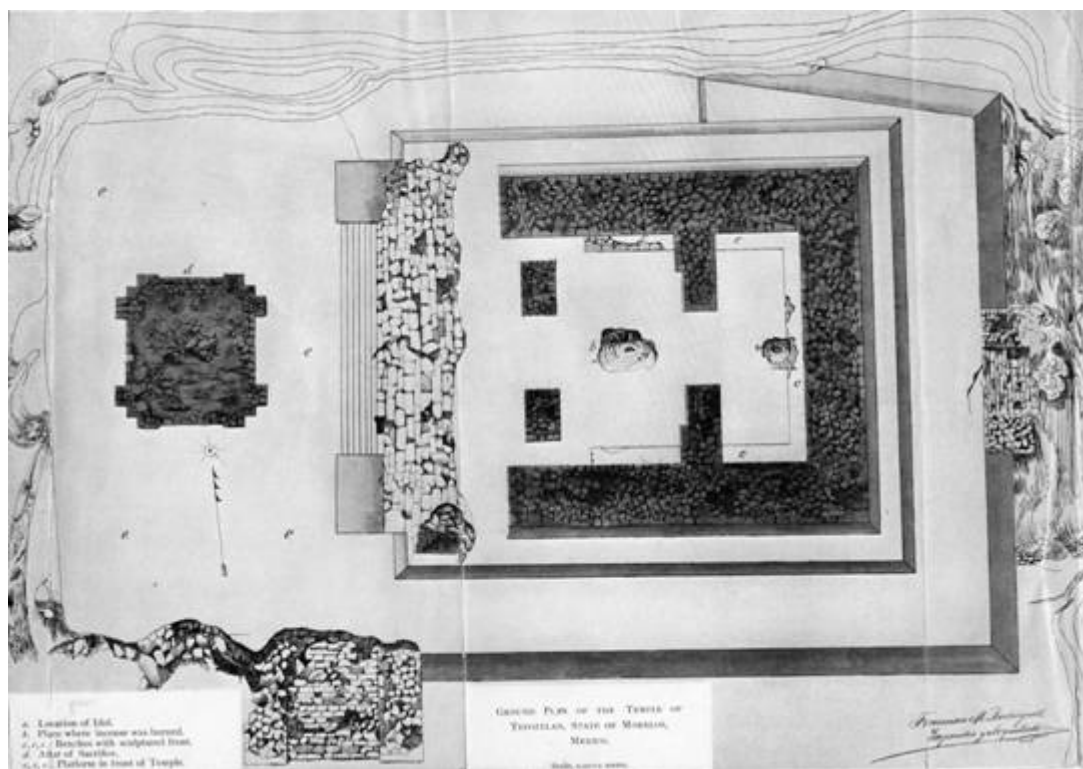
Vista del conjunto de plataformas y restos de las construcciones anexas (1980).

Desarrollo sociocultural prehispánico de la región

La zona de Tepoztlán y sus alrededores, incluyendo Cuernavaca y el actual Estado de Morelos, estuvo habitada desde tiempos antiguos. Si bien no hay pruebas de pobladores anteriores a las aldeas del Formativo, sabemos que durante esa época existieron conjuntos de importancia urbana y regional como Chalcatzingo. Relieves olmecas existen en Oxtotitlán y en gran cantidad de sitios, prueban la existencia de población influenciada por los Olmecas. Grandes construcciones de piedra, viviendas, pirámides, edificios de tipo público y una sociedad completa y estratificada marcan lo que por ahora son los orígenes del desarrollo socio-cultural de la región. Concretamente, desde hace mucho tiempo se han realizado excavaciones en Gualupita, un sitio Formativo que mostró una ocupación correspondiente a las etapas Media y Superior. Asimismo, otros lugares como Atlihuauan, El Cortés, Tlacayapán, Olin-tepec y Las Pilas, también coinciden cronológicamente con esa fase del desarrollo cultural

Sabemos que tiempo más tarde las influencias de Teotihuacan se hacen sentir notablemente, al igual que las de los más tardíos Toltecas. Es evidente que los pobladores de la región y en particular durante los tiempos clásicos, alcanzaron una gran densidad de habitantes organizados en forma asimétrica y clasista, con una gran producción cultural.

Durante el período Posclásico, en especial en los siglos anteriores a la conquista española, debieron continuar con este proceso tanto con los xochimilcas como con los tlahuicas. Las evidencias en ese sentido son muy conocidas y desembocan en la conquista de la región, cuyos pobladores más tardíos eran los tlahuicas, por el tlatoani Mexica Moctezuma Ilhuicamina hacia 1487. En la pirámide del Tepozteco fue hallada una lápida en relieve con la fecha 10 tochtli y otra con el jeroglífico de Ahuítzol. Es probable, por lo tanto, que esta pirámide albergue otra más antigua en su interior, aunque no existen rastros de ella a la vista. Tras esta conquista, Tepoztlán debió permanecer unida al imperio por medio de los fuertes lazos del tributo, de tal forma que funcionaba como un señorío semiautónomo, al igual que Yautepec y Cuernavaca.



Plano firmado por Rodríguez de lo descubierto en Tepoztlán y publicado por Eduard Seler.

En el año 1521 fue brutalmente sometida por Cortés, que incendió la mitad de la población, la que pasó a formar parte integrante de las propiedades del Marquesado en 1529. En ese momento se produjo la reducción del poblado con el objeto de tener un mejor control sobre la población.

Si bien tradicionalmente se ha hecho referencia a las ruinas del Tepozteco como a una simple “pirámide”, debemos tener claro que esta es sólo el edificio mayor del conjunto de construcciones que se encontraban en la parte superior de la montaña. Además, dado que está restaurada y bastante bien conservada, el turismo sólo se fija en ella desconociendo el resto, compuesto por terrazas, edificios y plataformas.

Descripción de la pirámide y del conjunto

Si bien de manera tradicional se ha hecho referencia a las ruinas del tepozteco como una simple pirámide, debemos tener claro que esa es sólo la construcción de mayor envergadura y sólo parte de lo que hay en lo alto de esa montaña. Además, puesto que está restaurada y bastante bien conservada, el resto pasa casi por invisible.



Vista de la pirámide en la actualidad.



Fotografía de Eduard Seler de la parte posterior de la pirámide; nótese el talud para soportar el basamento.

Tras el penoso ascenso en la última parte de la garganta que antecede al grupo de construcciones y uno de cuyos tramos se realiza por medio de una escalera totalmente vertical, nos encontramos en el sector edificado; debemos recordar que al inicio de este desfiladero se encuentran, muy destruidos los restos de una pequeña caseta de planta rectangular que probablemente sirvió como punto de control del acceso. Ese desfiladero ha sido totalmente remodelado para simplificar la subida; lamentablemente al realizar estas obras, pocos años atrás, se cubrieron los muros de la caseta inferior y quizá de otras similares.

Al finalizar la subida se penetra en la zona plana superior a través de una estrecha entrada que conserva, incluso, parte del revestimiento de estuco original. Pocos metros después se encuentra una construcción moderna, realizada en piedra, que creemos es la que hizo Rodríguez a fin de siglo. Esta fue modificada hace pocos años al ponerle dinteles de concreto y ventanas metálicas.

El sector donde se levanta ésta y que sirve como área de distribución hacia la pirámide y el sector de terrazas escalonadas a su lado, era un piso de estuco nivelado del que sólo quedan fragmentos y parte de las piedras del relleno inferior sobre el tepetate. Tres o cuatro muros destruidos asoman del piso, mostrando lo que debieron de haber sido construcciones habitacionales o de servicio para los sacerdotes, administradores y sus sirvientes, quienes debían vivir durante temporadas en el sitio. Por la ubicación y la arquitectura no era una atalaya ni una vivienda aunque seguramente alguien debía estar de manera constante en el lugar, cuidando, manteniendo, vigilando.



Superposición de estructuras de las dos épocas constructivas visibles (1980).

De allí parte un sector artificialmente nivelado, arreglado en varias oportunidades, que nos lleva a la zona de las terrazas. Esa otra parte conforma una gran superficie que fue trabajada por medio de terraplenes de piedra, de tal forma que todo el sector tiene decenas de pequeñas plataformas de tierra cuyos desniveles forman muros rectos de hasta dos metros de altura. Incluso algunas de las gargantas que van descendiendo hacia el valle están también terraplenadas. En la actualidad no existen restos de muros o construcciones visibles en esa zona aunque es factible que en las superiores lo haya habido. La lógica deducción es que en el lugar se realizaban cultivos. Las terrazas superiores permiten que se reúnan en ellas grupos considerables de gente, en las inferiores no entran más de dos o tres personas y su acceso es sumamente complicado.

En general, la conservación del conjunto es bastante buena e incluso cada tiempo se procede a una limpieza general de vegetación.

Lo notable es la cantidad gigantesca de tiosos cerámicos, por lo que pudimos observar, típicamente aztecas, regados por todo el sitio. Ni hablar de la similar cantidad de basura, en particular vidrios de botellas arrojados diariamente por los turistas que visitan el lugar.

El monumento principal sobre el que trabajó Francisco Rodríguez en 1895, es la gran pirámide azteca con su templo, que se levanta sobre un terraplén realizado para nivelar el terreno, más bajo al oeste y más alto al este. Pero dado que ya ha sido detalladamente descrito por el propio Rodríguez, al igual que otros autores¹⁵, pasamos a transcribir¹⁶ de su clásico libro sobre arquitectura prehispánica:

“El terreno rocalloso muy accidentado de la mesa natural fue regularizado artificialmente y sobre él se construyó una plataforma de 9,50 m de altura que tiene acceso al oriente por una escalera situada hacia la parte posterior del templo, pues este presenta vista al poniente y al sur por otra escalera cerca del ángulo suroeste del edificio, sobre esta gran plataforma, algo hacia atrás, se levanta el basamento compuesto de dos cuerpos ligeramente inclinados, separados por un angosto pasillo en cuyo lado poniente hay una escalera muy obstruida limitada por alfardas que da acceso al templo.

El templo se compone de dos aposentos y está limitado por paredes de aproximadamente 2 metros de grueso; el primer aposento, o más bien, vestíbulo, se forma por la prolongación de los muros laterales y por dos hileras situadas un poco más atrás de las cabezas de los muros que forman tres claros de los que el central es mayor: este vestíbulo mide 6 por 5.20 metros, tiene bancas laterales con una depresión al centro como los de Malinalco y comunica por una puerta central con el segundo aposento que mide 3.73 metros y el mismo ancho de 6 metros, con bancas a sus lados norte, sur y oriente, y un pedestal en el centro en el que estuvo el ídolo que fue mandado destruir por el misionero dominicano Fray Domingo de la Anunciación en la segunda mitad del siglo XVI.

¹⁵ Francisco Rodríguez, Descripción de la pirámide llamada Casa del Tepozteco perteneciente al pueblo de Tepoztlán, *Actas del XI Congreso Internacional de Americanistas*, pp. 232-237, México. Al final reproducimos completo el texto de esa ponencia.

¹⁶ Ignacio Marquina, op. Cit.

El arquitecto Rodríguez encontró al hacer la exploración del monumento restos del techo que según indicó, estaba hecho con tezontle y una gran cantidad de mortero, de manera que formaban una especie de bóveda de una sola pieza, que cubría un claro de 5 metros ligeramente curva con una flecha de 0.50 metros y de 0.70 metros de grueso. De comprobarse estos datos, sería uno de los poquísimos casos en que se hubiera usado este procedimiento.

Enfrente del templo se halla una pequeña plataforma de planta cuadrada, que conserva restos de las alfardas que limitaban las escaleras que daban acceso a la parte alta, por los cuatro lados del monumento. Las jambas de piedra de la puerta de comunicación están ricamente ornamentadas con grecas, puntos y estrías verticales, revestidas de un fino aplanado y con restos de pintura, pero se conserva solo la parte baja y no es posible determinar con claridad lo que representan estos motivos.



Dos vistas del basamento de la pirámide (1980).

Las bancas están también construidas de piedra labrada: tienen una pequeña cornisa saliente y estuvieron, como las jambas, aplanadas y pintadas. Según Seler, los motivos que ornamentaban la pequeña cornisa representan los veinte signos de los días; en cada una de las bancas laterales hay cuatro grandes losas con relieve que probablemente representan a los dioses de los puntos cardinales, en tanto que en el lado sur, tal vez se haga referencia a las cuatro edades prehistóricas.

Entre el material de construcción del cuerpo inferior de la pirámide aparecieron dos placas ornamentadas: una con el jeroglífico del rey Ahuízotl, lo que indica que en el año 1500, aproximadamente, hubo en el lugar una construcción azteca más antigua que la que ahora aparece a la vista, posiblemente debajo de la actual. La otra placa lleva grabada la fecha 10 tochtli (conejo), que corresponde precisamente al final del reinado de Ahuízotl. Estas placas permiten, por lo tanto, determinar muy aproximadamente la fecha de construcción del monumento ente 1502 y 1520”.

La pirámide, según sabemos, estaba dedicada a uno de los dioses de la embriaguez, concretamente al del pulque, bebida que según las leyendas fue descubierta, justamente, en Tepoztlán. Según Marquina, quien cita a Seler¹⁷, sabemos que con el objeto de determinar “el dios a que estaba dedicado el templo, Seler cita la *Relación de Tepoxtlán* enviada a Felipe II, que dice:

“El lugar es llamado Tepoxtlán, porque, cuando sus antecesores, encontraron el nombre generalmente en uso por los que la habían ocupado primero; dijeron que el gran demonio o ídolo que tenían se llamaba Ome Tochtli que es dos conejos y que se le daba el sobrenombre de Tepoxtecatl, y el manuscrito pintado que se encuentra en la Biblioteca Nazionale de Florencia, dice: Esta es la representación de una gran iniquidad, que es la costumbre en un pueblo llamado Tepoxtlán, principalmente cuando un indio muere en estado de intoxicación, los otros del pueblo le hacen una gran fiesta, llevando en las manos hachas de cobre que usan para cortar madera. Este pueblo está cerca de Yauntepque, son vasallos del señor Marqués del Valle”.

¹⁷ Eduard Seler, op.cit. y Osvaldo Gonzálves de Lima, *El maguey y el Pulque en los códices mexicanos*, Fondo de Cultura Económica, México, 1953. Este libro es un buen compendio del conocimiento sobre esa planta y sus derivados. Aunque desconoce el trabajo pionero de Seler, analiza la figura del dios Tepoztécatl del códice Magliabecchi, pág.49 y 50 y lo identifica con Papáztac.

Según dice Cecilio Robelo en su básico *Diccionario de Mitología Náhuatl*¹⁸ tan usado en aquella época:

“la palabra Yepoztécatl tiene la siguiente interpretación (nombre gentilicio derivado de Tepoztlán: Tepozteco, oriundo o perteneciente al pueblo de Tepoztlán). Era el dios de Tepoztlán, uno de los dioses de los borrachos. El Padre Sahagún enumera doce números de la embriaguez, y entre ellos coloca en décimo lugar a Tapoztécatl. En una antiquísima leyenda que nos ha conservado el Padre Sahagún, se dice que unos ulmecas del Tamoanchán, entre lo que estaba Mayahuel, mujer, y Pantecatli, hombre, inventaron hacer el pulque; la mujer, raspando los magueyes y extrayendo el aguamiel; y el hombre, hallando las raíces que en ella se echan para fermentarla”. Sigue diciendo la leyenda que después llegaron a hacer el pulque a perfección Tepoztécatl, Cuautlapanqui, Tlilos y Papaztacscaca. El Códice Nutall, que trae las figuras de trece dioses de los borrachos, refiriéndose al Tepoztécatl, dice, corrigiendo la dicción: ésta es una figura de una gran bella alegría que un pueblo que se dice Tepuztlán, tenía por rito y esta que cuando algún indio moría borracho, los otros de este pueblo hacían gran fiesta con hachas de cobre con que cortan la leña en las manos, este pueblo es padre Yautepeque (...) El jeroglífico del dios y del pueblo es un hacha de cobre, tepostli, significando que los moradores eran hacheros, cortadores de leña, y todavía se dedicaban a este ejercicio”.

¹⁸ Cecilio Robelo, op. cit.



Piedras canteadas del revestimiento de una etapa previa, recubierta por piedras talladas (1980).



Restos de las piedras labradas de la banqueta interior (1980).



Pilar de la entrada a la pirámide con su relieves (1980).

En la pirámide se notan actualmente varios deterioros, pese a las variadas restauraciones que le han realizado. En particular son notables los arreglos hechos en la escalinata frontal (en 1949) y en el basamento inferior (hacia 1975). Incluso, en esas primeras reparaciones, el que las realizó dejó su firma escrita en el centro justo en el remate de la escalera.

Faltan, actualmente varias piedras en la banqueta inferior, que ya vimos que estaban esculpidas¹⁹, y el deterioro general de muros y columnas talladas está en notable aumento en relación con las fotografías existentes. Es evidente que son necesarias algunas obras de protección.

¹⁹ Es evidente esta desaparición comparando las fotos de Saville (1896) que fueron tomadas durante los trabajos de Rodríguez, al igual que los dibujos de Seler de pocos años después, con las fotos que tomamos para este trabajo en enero de 1980. Los dibujos de Marquina, realizados no después de 1951, también los muestran, al igual que las fotos de Cecilio Robelo de 1927, incluidas en: Estado *actual de los monumentos arqueológicos de México*, S.E.P., México, 1928.

Quizás lo más notable sea que el altar estaba frente a la pirámide ya casi ha desaparecido totalmente. Sólo se conserva en el piso la marca de su ubicación y un par de piedras que dan una idea vaga de su forma.



Fotografía antigua mostrando la banqueta aun casi completa (foto de C. Robelo 1933).

Trabajos de restauración

Es de lamentar que Francisco Rodríguez no nos haya dejado un texto más detallado de sus intervenciones en el monumento. Esto no se lo podemos criticar a él, sino que, en general, en esa época los arqueólogos no acostumbraban escribir informes largos sobre sus trabajos, en especial, dada la dificultad de publicación. Concretamente nos dejó un solo artículo publicado en las *Actas del Congreso Internacional de Americanistas* que se realizó en México en ese mismo año. Por lo que sabemos nunca más se escribió nada sobre

otros trabajos de restauración en el lugar, aunque tenemos evidencias de por lo menos dos intervenciones más, que luego analizaremos y ya citamos.

Por lo que a Rodríguez cuenta sabemos que llegó al lugar por órdenes de su coterráneo Cecilio Robelo, en agosto de 1889 y luego en 1895. Creo que es posible imaginar que en esta última oportunidad debió limpiar, aunque más no sea, el camino de acceso que luego fue arreglado por órdenes de Leopoldo Batres. Respecto a la pirámide debió retirar de encima de ella gran cantidad de escombros, producto del derrumbe del techo, aunque todavía pudo observar, al igual que Saville y Seler, que estaba conformado por una bóveda de corta flecha, lo que es un caso único en México. Al parecer, las lápidas esculpidas, en la parte inferior de las bancas, estaban completas (actualmente faltan casi la mitad), y no hay dudas que los parches de cemento que les han colocado en forma sucia y parcial es un agregado contemporáneo.



Foto de Rodríguez durante la excavación del interior de la pirámide.

Creo que hay que resaltar que no procedió a abrir calas o pozos, lo que según el mismo dijo fue por falta de tiempo. Debemos dar gracias por esa sensatez, de otra manera hubiera dejado, quizás a la intemperie, el mismo núcleo de la pirámide provocando así, con el tiempo, un deterioro irreversible de la estructura más antigua que seguro hubiera

descubierto. El basamento fue limpiado. Y, en general, no se agregaron piedras de ningún tipo. Los muros y columnas alcanzan actualmente el nivel al que fueron descubiertos. En algunos paramentos de la parte inferior y en las construcciones que lo rodean se pusieron piedras encimadas y sin ningún cementante, con el objeto de dar un poco más la apariencia de sitio cerrado, pero nunca sobrepasando la altura de los muros originales -cuyo estuco está muy bien conservado-, ni el largo de las paredes. Parecería también que la construcción de piedra que se utiliza actualmente para vigilancia y control hubiera sido realizada por él, ya que difícilmente durante las obras subieran y bajasen a diario; por otra parte la construcción parece realmente antigua, no así algunos remiendos y dinteles de concreto que sostenían el techo, las ventanas y puertas.



Foto al finalizar la excavación de la construcción.

También es evidente que en la década de 1940 (en 1949) se realizaron algunas obras, tales como la reconstrucción parcial de la escalera, la cual fue cementada (con piedras rejoneadas), y pensamos también que muchos escalones fueron cambiados por otros nuevos. Lamentablemente no quedaron claras las evidencias de tal obra, si es que se las quiso dejar. La triste historia de la reconstrucción de monumentos estaba en ese entonces en su auge.

Pero sin duda, lo más imperdonable es la firma y fecha estampada en el cemento por el que hizo el trabajo.

Otras obras realizadas más recientemente, son las de 1975 por un arqueólogo del INAH, quién resanó los ángulos del basamento además del terraplén inferior. Obras menores han sido la losa de concreto sobre la escalera de hierro (antes de madera) que permite el acceso al sitio, la limpieza del camino, un estacionamiento y la limpieza de las terrazas que le dan al lugar una apariencia decente. Únicamente es de lamentar que para acceder a la pirámide se camine sobre estucos, pisos y muros antiguos, cuando perfectamente se podría realizar una rampa por encima de ellos.

Creemos que lo importante de los trabajos originales, que son los que realmente nos interesan, es que fueron realizados con sumo cuidado, respetando al monumento. Las piedras labradas que se encontraron sueltas fueron trasladadas al Museo de Antropología, donde se conservan. Se procedió a limpiar el lugar y a realizar un camino de acceso (con la ayuda de Batres y el encargado de la región, Bernardino Verazaluce) y un museo de antigüedades. Todo esto abrió el lugar al turismo y en especial a los habitantes de Tepoztlán, verdaderos dueños del edificio.



Restauración moderna que incluye la firma del responsable, en el cemento del piso.

IV) Trabajos arqueológicos contemporáneos

“Con este descubrimiento se administran al explorador algunos capítulos más de nuestra historia antigua, historia que dejó escrita el hombre con paciencia y trabajo, pudiéndose decir que tales monumentos son hojas sueltas del gran libro del pasado que los sabios, a través de los siglos y especialmente en estos días, están encargados de descifrar”.

Francisco Rodríguez, 1895

- Mesoamérica

Es evidente que las excavaciones de Francisco Rodríguez en Tepoztlán no fueron ni las primeras realizadas en México, ni las más importantes en cuanto a volumen y calidad. Algunas otras –aunque pocas- se habían hecho con anterioridad, pero la diferencia radica en el objetivo para las que se realizaron²⁰.

²⁰ Un resumen general de la arqueología en México se puede ver en el artículo de Ignacio Bernal, 1952, op. cit. Otros libros son: Gordon Willey y Jeremy Sabloff, *A history of American archaeology*, W.H. Freeman, New York, 1977. Sobre la evolución de las ideas etnológicas, Ángel Palerm, *Historia de la etnología*, 4 vols., CISINAH, México, desde 1975. Otros autores, pero cuya bibliografía sería demasiado extensa de detallar,

Por ejemplo, en Teotihuacan había realizado una pequeña excavación en un montículo menor la Comisión Científica de Pachuca en 1864, dirigida por Ramón Almaraz, la que también levantó un mapa y nos dejó una interesante descripción. Tiempo después Gumersindo Mendoza escribió en los *Anales del Museo Nacional* (1877) acerca de la superposición de pisos en ese mismo sitio, cosa notable que observó durante la destrucción de un edificio. Lugar aparte debe darse a Desiré Charnay, el viajero francés que en la segunda mitad del siglo realizó excavaciones un poco más metódicas, descubriendo una serie de cuartos contiguos, que formaban parte de lo que actualmente denominamos un “palacio” típicamente teotihuacano. Pero no podemos considerar este trabajo en el mismo plano que el de Rodríguez, su idea era simplemente la de averiguar algo sobre el lugar y luego abandonar la excavación a la intemperie. No se tomó ninguna medida de protección por más elemental que fuera, y sus conclusiones asimismo dejaron bastante que desear por la falta de método científico (en su época el positivista). También realizó estudios intensos el arquitecto William Holmes, quizás el mayor arquitecto-dibujante que jamás haya recorrido Mesoamérica, pero los primeros trabajos de restauración y reconstrucción comenzaron allí con Leopoldo Batres en 1905.

Muchos otros sitios fueron excavados y estudiados con anterioridad a 1895. Por ejemplo Tula y Aké, donde Charnay trabajó en 1885. Justamente en Tula excavó brutalmente el pequeño altar central de la plaza principal destruyéndolo hasta dejarlo actualmente casi irreconocible, pese a la reconstrucción que hace muchos años le efectuó Jorge Acosta. También La Quemada era visitado asiduamente por viajeros e investigadores pero nadie realizó trabajos antes del siglo XX. En Tzintzuntzan, por ejemplo, había excavado destructivamente el cura Ignacio Trespeña (1852) y en las cercanías de Jácona había también excavado, sin ningún cuidado, C. Harford en 1866. Cerca de allí, en las propias ruinas de Jácona trabajó el obispo Plancarte, quien levantó un magnífico plano del conjunto en esos años; pero sería Nicolás León quien en 1881 realizara una excavación más cuidadosa, descubriendo el ángulo de una de las Yácatas y tomando una fotografía que luego se publicó ampliamente. En Cempoala realizó intensas

son Robert Brunhause (*Persuit the ancient Maya y They found the buried cities*), David Pendergast (*The Walter Caddy expedition to Middle America*), Carlos Echánove Trujillo, op. Cit., Wolfgang von Hagen (*En busca de los Mayas*), Manuel Álvarez (*Mitla y la arquitectura*), Gillet Griffin (*Early travelers to Palenque*), Daniel Schávelzon (*Una visión romántica de la Arquitectura*), Beatriz de la Fuente y Daniel Schávelzon (*Algunas noticias poco conocidas que sobre Palenque se publicaron en el siglo XIX*) y otros más de Manuel Ballesteros Gabrois (Palenque), Marta de Molina (Uxmal), Beatriz de la Fuente (Palenque), etc.

limpiezas y mediciones Francisco del Paso y Troncoso, como Director de la Comisión Científica Exploradora de Cempoala en el año 1891, con el objeto de recabar información para la Exposición Colombina del año siguiente y a la que México envió una gran colección de objetos prehispánicos.

En 1877, por intermedio de Agustín del Río, a la sazón gobernador de Yucatán, se trasladó al Museo Nacional el monolito conocido como Chac-Mool, descubierto en Chichén Itza por Auguste Le Plongeon veinte años antes. En 1885 se reinstalaba el “Calendario Azteca” trasladándolo de la Catedral al nuevo Museo. Algún tiempo más tarde, Leopoldo Batres traslada también al Museo Nacional los pies de un atlante de Tula descubiertos por Charnay, donde aún permanecen expuestos.

En la región Maya no hay duda que los pioneros fueron Stephens y su incansable compañero Catherwood. Estos, quienes no realizaron más tareas que las de limpieza con el objeto de dibujar los edificios, son sin duda quienes dieron a conocer el mundo maya al mundo occidental, pero no hicieron restauraciones de ningún tipo. Hubo un viajero suizo que estuvo en Tikal en fecha temprana (1877) pero para terminar llevándose un gran dintel de madera al Museo de Basilea, donde aún permanece. Recordemos el dibujo de Catherwood donde vemos a su compañero trasladando un dintel de Kabah a New York²¹.

Pocos años después, los primeros arqueólogos serios comenzaron a recorrer las selvas mayas: Alfred Maudslay ya había trabajado en Copán desde 1885, pero si bien su trabajo fue extraordinario en todos los aspectos solo realizó pocas excavaciones. Por lo general en la región selvática la tarea más importante era la de limpiar la vegetación que impedía la realización de cualquier tipo de investigación. Pero desde 1891, en esa misma ciudad, acamparon cuatro expediciones arqueológicas enviadas por el Peabody Museum dirigidas por Saville, Maudslay, Gordon y Burkitt. El mismo Maudslay había realizado cuatro temporadas en Quiriguá, donde hizo moldear en papel los zoomorfos y estelas. Asimismo fueron estudiados sitios como Yaxchillán, Piedras Negras, Hochob, Xcalumkín y Chichén Itzá, por sólo citar algunos, eran recorridos excavados y fotografiados por Maler (desde 1877) y otros viajeros. Incluso Maler había permanecido cuatro temporadas en Piedras Negras entre los años 1895 y 1899.

²¹ Daniel Schávelzon, El saqueo arqueológico de Guatemala, *Antropología e Historia* no. 24, INAH, 2da Época, 1979, México.

Un personaje interesante en estos aspectos de la protección del patrimonio arqueológico, fue sin duda el Conde Waldeck²², quien permaneció por mucho tiempo en Palenque. Allí realizó una odisea con el objeto de que el tablero central del Templo de la Cruz no sea trasladado. Este hombre presenta esa típica actitud eléctrica de la época: por una parte defiende un objeto hasta con las armas, y por otro acepta enviarle a Lord Kingborough todas las que encuentre al Museo de Oxford.

Al que sí podemos considerar como un gran pionero de la restauración es a Alfred Percival Maudslay y sus trabajos en Quiriguá. De los cuatro viajes que realizó al lugar, el primero fue en 1881, cuando en apenas tres días limpió un poco el terreno de la vegetación. En un segundo corto viaje de cinco días (1882) continuó con el desmonte de árboles y la selva en general. El tercero, realizado en 1883, le sirvió para que en una larga estadía (tres meses) sacase más moldes de papel de los monumentos, levantara el primer mapa del lugar y sacase excelentes fotografías. Pero en su última estadía (seis semanas de 1894), procedió entre otras tareas a una pequeña excavación en la pirámide XI y luego en el Templo 5. En él se realizaron algunos rudimentos de restauración, en especial al pegar algunos sillares caídos y terminar los muros en forma horizontal. Estos trabajos fueron retomados por Earl H. Morris en 1934²³.

Si queremos ser sinceros con la historia, es realmente este viajero, Maudslay quien junto con Maler, a quienes debemos ubicar como los primeros arqueólogos científicos de Mesoamérica. El primero de ellos fue quien inició lo que bien puede considerarse como la primera restauración de conjunto de todo el continente americano: las excavaciones de Copán en Honduras.

También durante el año 1888 había procedido a la limpieza de dos edificios en Chichén Itzá, concretamente el Templo de los Tigres y el de los Jaguares. Solamente le quitó los escombros del interior, que en el caso citado en segundo término fueron simplemente dejados caer sobre el Juego de Pelota. En Palenque realizó varios y completos trabajos durante 1890-91.

²² Daniel Schávelzon, *Una visión romántica de la arquitectura: el Conde Waldeck*, en prensa. 1980.

²³ Una sucinta historia de los trabajos en Quiriguá puede leerse en Syvanus Morley, *Guía arqueológica de las ruinas de Quiriguá*, Carnegie Institution, 1936, Washington. El libro más importante de Maudslay es la parte de Arqueología (4 vols) incluida en los 50 tomos de la *Biología Centrali-Americana*, 1893.

Recordemos que en 1912, Maudslay es el primero que criticó en forma pública los trabajos de reconstrucción hipotética que Leopoldo Batres había realizado unos años antes en Teotihuacan. En el XII Congreso Internacional de Americanistas de 1912 le dijo abiertamente que la Pirámide del Sol era “un estupendo monumento a su propia seguridad e incompetencia”²⁴.

El otro pionero ya citado, Teobert Maler, había estudiado también Palenque durante 1877 y había tomado excelentes fotografías. Las tomadas por Charnay, años antes, eran de bastante pobre calidad. A partir de 1885 realizó gran cantidad de viajes y particularmente excavó en Chichén Itzá durante tres largos meses, descombrando la parte posterior del Templo de los Guerreros y descubriendo los famosos atlantes y varios pilares esculpidos. En 1895 recorrió Tikal, Seibal, Altar de Sacrificios y otros sitios en la selva del Petén y en 1898 estaba trabajando nuevamente en Palenque.

En Palenque, tras la brutal destrucción del Capitán del Río en 1822, arribó en 1866 el Conde Waldeck quien vivió dos años en las ruinas. Muchos otros viajeros también visitaron la zona, y como muchos, procedieron a una parcial limpieza de la vegetación, incluso con fuego. Maler llegó allí en 1877, tras Maudslay, Holmes arribó en 1897²⁵. Chichén Itzá sufrió un brutal saqueo, no solamente con el vapuleado Edward Thompson²⁶, si no con Le Plongeon, quien además trató de probar que allí vivieron los Atlantes y la Reina Moo, para ello destruyó el edificio principal del Grupo de Las Monjas por citar sólo un caso entre muchos.

Recordemos que en 1896, el Ministro Joaquín Baranda había conseguido un decreto por el que era necesario obtener permiso oficial para realizar excavaciones

²⁴ Alfred Maudslay, *Recent archaeological discoveries*, Journal of the Royal Anthropological Institution, vol.43, pp. 9-22, 1913, Londres; la cita proviene de la pág. 12.

²⁵ Ídem. Nota 41.

²⁶ Un análisis crítico de la obra de Edward Thompson, en particular sus enfrentamientos con Teobert Maler y Justo Sierra, puede verse en el libro de Carlos Echánove Trujillo, *Dos héroes de la arqueología maya: el Conde Waldeck y Teobert Maler*, Universidad de Yucatán, 1975, Mérida.

arqueológicas, y que un año después se publicó el decreto con que se reafirmaba la propiedad nacional de todos los monumentos arqueológicos²⁷.

Tras este corto recuento, podemos ver como hasta el momento de iniciar Francisco Rodríguez los trabajos de Tepoztlán, los exploradores se habían avocado en México a la recolección de información sobre la arquitectura y los jeroglíficos, copiado y fotografiado monumentos, realizado planos y mediciones, y en muchos casos a la limpieza y desmontes de la selva. Las excavaciones fueron esporádicas, pequeñas, pocas veces metódicas, y en México casi sin objetivos de restauración y posterior conservación. Incluso gran cantidad de estatuas, estelas y altares fueron removidos de sus sitios originales. La reconstrucción de la Escalera Jeroglífica de Copán, contó que varias de las esculturas y los escalones grabados terminasen en Londres, igual que otras muchas piezas²⁸ con la anuencia del gobierno de Honduras.

- Sudamérica

En América del Sur también a la fecha se habían realizado algunos trabajos que podemos considerar importantes. En el siglo XIX se había publicado la obra *Antigüedades Peruanas* de Mariano Eduardo de Rivero y Johann J. von Tschudi (1851), quizás uno de los primeros libros de tipo moderno sobre la arqueología del Perú. Poco tiempo después gran cantidad de viajeros estaba recorriendo, excavando y dibujando los grandes

²⁷ Alejandro Gertz Manero, *La defensa jurídica y social del patrimonio cultural*, Fondo de Cultura Económica, México, 1976.

²⁸ Si bien es criticable el haber trasladado monumentos a Londres es necesario tener en cuenta tres factores: en primer lugar Maudslay y el Peabody Museum tenían un contrato oficial firmado con el propio presidente de Honduras, donde autorizaban a llevarse la mitad de todo lo descubierto. En ese sentido sólo se llevaron una minúscula parte. Por otro lado, también debe pensarse en el problema del imperialismo y su concepción centralizada del uso del arte por las élites ilustradas, por lo que tradicionalmente siempre se llevaban las obras a los grandes museos. Un tercer elemento es el hecho que a lugares tan remotos para Europa sólo llegaban dos tipos de viajeros: arqueólogos entusiasmados y ladrones profesionales. En cierta forma era incluso una manera de proteger las obras (o por lo menos eso consideraban) el trasladarlas a sitio seguro.

monumentos de la sierra y de la costa. Las obras de Tschudi van a continuarse desde 1838 hasta 1885, en que publicó su gran trabajo *Contribuciones a la historia, civilización y lingüística del Perú antiguo*²⁹.

Hacia finales del siglo aparecen otras figuras importantes: George Squier (1877) quien editó su famoso viaje, rememorando a los anteriores y similares de Stephens y Catherwood en tierras Mayas y Clement R. Markham con su *Historia del Perú* (1892). También debemos citar a Antonio Raimondi, quien convenció a las autoridades para que trasladen una gran estela de piedra descubierta en Chavín al Museo Nacional, donde actualmente lleva su nombre.

Pero las dos figuras descollantes de su tiempo fueron sin duda Ernst Middenforf y Max Uhle. El primero de ellos excavó y recorrió todo el Perú y su primer gran libro en tres volúmenes, titulado *Beobachtungen und Studien ubre das Land und seinte Bewohner* (1893-95) no tuvo paralelo en su tiempo, y más aún su *Die einheimischen sprachen Peru* en seis volúmenes (1890-92), sobre las lenguas antiguas. Casi cuarenta años antes que Julio Tello vislumbró la importancia de las ruinas de Chavín para la arqueología Sudamericana.

Max Ulhe, más arqueólogo y menos etnólogo, realizó un aporte fundamental para la arqueología: introdujo el método estratigráfico. Su trabajo en Pachacamac en 1896 (publicado en 1901) es uno de los grandes pilares sobre el que descansa la historia del continente y un paso importante en la restauración y conservación de la arquitectura prehispánica. Uhle realizó infinidad de excavaciones y trabajos importantes, no sólo en sus inicios en Tiahuanaco, si no en países cercanos como el Ecuador y Argentina donde residió por catorce años³⁰.

²⁹ Federico Kauffman, *Historia de la arqueología peruana*, Lima, 1961 y *Manual de arqueología peruana*, ediciones Peisa, 1969, Lima. John H. Rowe, *Cuadro cronológico de exploraciones y descubrimientos de la arqueología peruana: 1863-1955*, *Arquelógicas*, n° 4, Lima, 1959; H. Horkheimer, *El Perú prehispánico*, Lima, 1950; Godon Willey y Jeremy Sabloff, 1977, op. Cit.

³⁰ Sobre la obra de Max Uhle y su relación con Jijón y Caamaño en el Ecuador, ver Daniel Schávelzon, *Arquitectura y arqueología del Ecuador prehispánico*, UNAM, México, 1980.

Dentro de nuestro siglo debemos recordar a J. T. Polo y también a Julio C. Tello, con quienes podemos decir que nació la restauración de monumentos en forma material y consecuente en Perú. Sus trabajos en Chavín de Huántar se remontan al año 1919.

- Europa y Asia

No estaría de más aclarar que en Europa, si bien se había ya avanzado en esta época (1895) en el terreno de la conservación del patrimonio cultural, e incluso en la restauración de monumentos tanto arqueológicos como históricos, los trabajos dejaban mucho que desear. En cuanto a la arqueología, podemos decir que al igual que en América Latina, solo hacia 1900 tenemos frente a nosotros metodologías y técnicas de tipo científico desarrolladas.

Si hacemos un poco de historia³¹ podemos ver que a partir de 1850, año de la publicación del *Origen de las Especies* de Darwin, el primer gran trabajo es el de Heinrich Schliemann, quien comenzó sus exploraciones de Ithaca en 1871, y un año después había ya excavado Hissarlik descubriendo Troya, y mostrando la diferencia existente entre la arqueología “de escritorio” y la de campo. Es interesante recordar que en 1867, en la primera Gran exposición de Paris, se había expuesto al público objetos prehistóricos. Pero los primeros trabajos que podemos considerar que fueron desarrollados con una técnica científica y no de simple búsqueda de antigüedades, fueron los realizados por los alemanes en Olimpia (1875) y continuados por Sir Flinders Petrie en Egipto (1880). En el ínterin se habían publicado los libros de E. B. Taylor *Primitive Cultura* en 1871 y el de Lewis Morgan (1877) *Ancient Society*. En Francia había comenzado un proceso similar tras la edición del libro de Gabriel Mortillet en 1897, titulado *Formation de la Nation Francaise*.

³¹ Sobre la historia de la arqueología europea existen gran cantidad de libros, en particular los de Glyn Daniel.

Pero los principales trabajos de excavación y restauración se hicieron después de 1900, fecha marcada por la muerte de Pitt Rivers, quien desde 1880 estaba desarrollando las primeras tipologías formal-funcionales. En Knossos trabajó sir Arthur Evans desde ese mismo año de 1900. En 1904 estaban trabajando Pumperly y Schmidt en Anau, dos años después comenzó Winkler a excavar en Bogazkoy la antigua capital de los Hititas, Campbell Thompson estudió Ur y Heridu, Koldewey y Andrae desde 1889 hasta 1914 permanecieron excavando Babilonia y Assur. Cabe señalar que son estos últimos quienes primeros realizaron la limpieza total de una ciudad antigua.

En otras regiones hubo que esperar hasta 1921 para que Andersen descubra Yang Shad Tsum en China y elabore una cronología de las etapas más antiguas del desarrollo social de esa región. En ese mismo año comienzan los trabajos en Harappa y Mohenjo Daro en la India, realizados por Sin, y dos años después fue descubierta la tumba de Tutankamón por Howard Carter.

-Las ideas atrás de los estudios

Todo esto muestra que los trabajos realizados tanto por universidades extranjeras como por investigadores mexicanos no tienen un desarrollo mucho más tardío que los de Europa, sino bastante paralelos a ellos. ¿Cuáles son las causas de este interesante fenómeno? Es un tema de difícil solución, o por lo menos su esclarecimiento no pasa por la historia de la arqueología, sino está inmerso en el trasplante de las ideas del positivismo

como modelo del pensamiento³², el surgimiento del nacionalismo, y en general del positivismo capitalista.

Es evidente que todavía en ese tiempo -incluso en Europa-, la idea de la conservación del patrimonio cultural estaba en sus inicios. Frases como la que transcribimos de Anatoly Lunacharsky solo comenzarían a surgir tras los grandes movimientos sociales de 1914-18: “Todo lo valioso de las producciones de los pueblos, a lo largo de los siglos, constituye el legado inalienable del tesoro cultural de toda la humanidad”³³.

Y lo importante es que no sólo lo dijo, si no que contra todas las adversidades de la lucha revolucionaria, realizó el primer proyecto global de conservación patrimonial a nivel popular en todo el país y logró llevarlo a cabo.

Es importante recordar en este contexto de historia de la restauración que no fue Francia el primer país en que el tema tomo un fuerte desarrollo durante los inicios del siglo XIX. También Italia, Alemania e Inglaterra vivieron historias similares. En Inglaterra, por citar un ejemplo, la Oxford Architectural Society fue fundada en 1839, y muy poco después funcionaba la famosa Cambridge Camden Society dirigida por John Parker, pionero de la historia de la arquitectura, y maestro del no menos importante Sir Banister Fletcher, cuya obra sobre la historia de la arquitectura basada en el método comparativo aun sigue formando generaciones de historiadores de la arquitectura, incluida la nuestra.

Si recordamos a Parker podemos citar una de sus obras, en la que ya incluye a Viollet-le-Duc como un colega de trabajo de restauración, su *An introduction to the study of Gothic architecture* (1ª. Edición 1850, Londres, escrita en 1848). Transcribimos un párrafo en el que nos dice, respecto a la destrucción del presbiterio de Islip en Oxfordshire (siglo XVIII), que:

³² Leopoldo Zea, *El positivismo en México*, Fondo de Cultura Económica, México, 1968. Leopoldo Grading, *Los orígenes del Nacionalismo Mexicano*, Sepsetentas, México, 1973

³³ Anatol Lunacharsky, *El arte y la revolución* (1917-1927), Grijalbo, México, 1975. Presenta la traducción de escritos del autor referentes al tema, y un ensayo introductorio de Sánchez Vázquez. Sheila Fitzpatrick, *Lunacharsky y la organización soviética de la educación y de las artes (1917-1921)*, Siglo XXI, México, 1977

“este ejemplo histórico fue desafortunadamente destruido en 1860, por lo que falsamente se llama restauración, lo que usualmente significa la destrucción total de todo elemento original y su substitución por la despreciable improvisación de algún arquitecto moderno que directamente desprecia e ignora la historia del arte”.

Y que este tipo de apreciaciones las hiciera Parker no eran poca cosa, ya que había publicado 59 tomos sobre arquitectura inglesa.

V) Restauración y readecuación de funciones de edificios coloniales en México (1880-1910)

“Ha llegado hasta nosotros y le contemplamos, le vemos respetado por los siglos pero injuriado y despojado de las riquezas que guarda, por la destructora mano del hombre”.

Francisco Rodríguez, 1895

Hablamos ya del proyecto de Tepoztlán de Rodríguez y de otros colegas que también por allí estuvieron, incluso haciendo trabajos contemporáneos o anteriores como Leopoldo Batres en Mitla, Xochicalco y Teotihuacan entre otros, extranjeros como Maudslay, los grandes proyectos de Copán en Honduras que bien debe haber sido el primero de restauración de ese tipo en el continente. Pero también es posible recorrer algunas páginas con ejemplos de construcciones coloniales rescatadas o restauradas durante el Porfiriato. Es de lamentar, pero pese a que se ha hecho más trabajo de conservación de monumentos coloniales que arqueológicos en México, no existe a la fecha nada, absolutamente nada, escrito sobre su historia.

En realidad los trabajos sobre este tipo de obras tienen siempre una característica común: sólo se realizaban en construcciones que mantenían su uso. Podemos citar muchísimos casos: desde iglesia que nunca habían sido terminadas y que los arquitectos modernos las completaron con las características formales de su época, como Manuel Tolsá y la catedral de México, o la cúpula que Lorenzo de la Hidalga le hizo a Santa teresa en 1845-48, iglesia que había sido obra anterior de Gonzalo Velázquez.

Otro tipo de trabajo es el que consistía en tomar un convento antiguo, incluso abandonado, y transformarlo en escuela, prisión o edificio de gobierno. Podemos citar la temprana transformación del convento de los Paulinos en León, adaptado a Palacio Municipal por el arquitecto Juan Contreras en 1859. El de La Enseñanza para a Palacio de Justicia en México durante el año 1868, y muchos más, en especial los readecuados para viviendas de baja renta. Otros fueron modificados a nuevas necesidades, como La Compañía de Guanajuato entre 1869 y 1884.

Un caso diferente lo constituyen las viviendas privadas: la gran residencia que tenía Yves Limantour (y que aun continua en su sitio) sobre la avenida Revolución, fue tempranamente adaptada, en 1912, para el Colegio Williams; en esa misma fecha el restaurant San Ángel Inn, antigua casa de la marquesa de Selva Nevada, se había transformado en lugar para el fin de semana con lago incluido. La casa Montejo en Mérida fue remodelada en 1890 por Manuel Arrigona Gutiérrez, recién llegado de París,. Todos estos casos implicaron agregar o reemplazar partes originales por modernas, pero queremos destacar que siempre con el objeto de permitirles seguir en funcionamiento e impedir la demolición definitiva. Un caso quizás similar fuer el trabajo hecho en casa de antiguas haciendas coloniales: por citar las más conocidas, en 1881-85 el arquitecto Antonio Rivas Mercado remodeló y adaptó la vieja casa de la hacienda de San Antonio Ometusco que incluyó una nueva estructura de hierro; poco después hizo lo mismo con la hacienda del Tecajete y la casa principal de la hacienda de Chapingo. En Puebla el ecléctico arquitecto Eduardo Tamáriz cambió el molino de San Francisco en una vivienda semiurbana en 1880. Cabe recordar que en casi todos los casos se reemplazaba la anterior estructura portante (gruesos muros, techos de vigas de madera) por estructuras de hierro modernas, pero manteniendo espacios y formas previas, aunque con cambios decorativos.

Otros casos que quisiéramos citar como ejemplos pueden ser agregados a esta larga lista, como la ampliación de la parte posterior de la Basílica de Guadalupe (1900?)

hecha en un neocolonial tan puro que es difícilmente separable del original del siglo XVIII. Otro ejemplo diferente, aunque formalmente con la misma tendencia neocolonial, es la remodelación del Palacio Municipal para el Departamento del Distrito federal en México, cuya estructura fue hecha en concreto armado por el ingeniero naval Miguel Rebolledo en 1910.

Es evidente que esta lista no agota el tema, pero nos muestra cómo en estos casos el desarrollo histórico de los principios por los cuales se restauraba, readecuaba o transformaba un edificio histórico, no tiene las mismas características que con los arqueológicos. Quizás desde aquí sea de donde debemos buscar las grandes diferencias que aun separan ambas áreas de trabajo.

VI) Las influencias de Viollet-le-Duc

“Disipar los prejuicios, exhumar las verdades olvidadas no es, por el contrario, uno de los medios más activos para desarrollar el progreso”.

E. E. Viollet-le-Duc, 1854

Es este el momento de regresar a nuestra hipótesis original: es factible que el proceso del desarrollo de la restauración de monumentos se haya dado en México (y en América Latina) en forma relativamente independiente de Europa. Es obvio que es imposible desvincular ambas situaciones debido a que la estructura de dependencia, tanto ideológica como cultural, haría imposible tal demostración. Pero sí es factible mostrar que por lo menos tuvo características disímiles y marcadamente diferentes, aunque el contexto general es común. La obra de Eugene Viollet-le-Duc y John Ruskin no jugaron papeles determinantes³⁴.

³⁴ Daniel Schávelzon, *Viollet-le-Duc y la restauración de monumentos en América Latina*, 1980.

Esto nos lleva a revisar una parte del terreno histórico de la restauración que hasta hoy está totalmente virgen: ¿cuál fue realmente la influencia de Viollet-le Duc en América?, ¿cómo se dio y a través de qué publicaciones?, ¿escribió algo sobre América y sus ruinas?

Desgraciadamente este trabajo de investigación no pudo llevarse a la profundidad necesaria en la biografía de este autor francés, pero sí detectamos algunos elementos importantes. Por lo que sabemos nunca estuvo en América Latina pero le dedicó un artículo extenso: la introducción al libro titulado *Antiquités Américaines: Mitla, Palenque, Izamal, Chichén Itzá, Uxmal*, escrito por Desire Charnay después de su estadía en México³⁵. El trabajo de Viollet-le-Duc no es novedoso y no aporta mayores informes o nuevas interpretaciones de la arqueología de México. En general se remite a los trabajos anteriores conocidos (Dupaix, Bourbourg, el propio Charnay), los textos son simples, aludiendo constantemente a las fotografías del autor y él sólo realiza algunos dibujos. Respecto a las fotografías debemos destacar que Charnay fue uno de los primeros en tomarlas en México. Recordemos que en esa fecha solo existían las pioneras del Barón Von Friederischtal y las de Frederick Catherwood tomadas en Yucatán durante su segundo viaje. Tanto las del Barón como las de Catherwood desaparecieron, unas en un incendio las otras tras la muerte del autor, por lo que las de Charnay forman parte de los más antiguos documentos fotográficos de la arqueología que poseemos.

Pero sí hay algo que destacar en la obra de Le-Duc: prácticamente no hace alusión alguna a la importancia de las ruinas y por lo general las menosprecia bastante, siguiendo la antigua postura de Humboldt.

Concretamente, la casi única frase dedicada a la destrucción del patrimonio, es la que transcribimos, redactada como una nota al pie del artículo, debido a que el tablero del Templo de la cruz había sido retirado de su lugar:

“Desde que los edificios de Palenque salieron del olvido, si no deben lamentar más el vandalismo de los fanáticos, en cambio sufren la destrucción metódica de los aficionados. La mayoría de los viajeros curiosos arrancan fragmentos

³⁵ Desiré Charnay. *Cites et ruines américaines: Mitla, Palenque, Izamal, Chichén Itzá, Uxmal*, París, 1863.

para enriquecer sus colecciones. Una de las partes del bajorrelieve *De la cruz* fue llevada de esta forma; la otra, arrancada de su lugar, quedó en medio de la maleza donde el señor Charnay la pudo fotografiar. Pero tal es todavía el estado de barbarie de nuestro tiempo, a pesar que pretende ser civilizado, que durante nuestras discusiones sobre dicho monumento cuya existencia es de importancia para la historia del mundo entero, cualquier viajero oscuro se lleva o destruye para siempre el objeto de tales discusiones: y ello no ocurre sino en Palenque.”³⁶

Debemos recordar, para ser justos, que fue en realidad el conde Waldeck quién impidió el traslado a Estados Unidos de ese tablero. Viollet-le-Duc al igual que Charnay sin duda conocían esto, aunque no lo citan en forma específica. Por otra parte, intenta, y por suerte no logra, realizar una clasificación “racista” del arte. Postula que las obras de la raza blanca son las más elaboradas, mientras que las de los pueblos “inferiores” son más simples, con lo que logra emparentar ciudades que no tienen entre sí ninguna relación, y separar otras. Por ejemplo, resulta que Uxmal, debido a que una parte de las molduras del Cuadrángulo de las Monjas asemeja a la construcción en madera, es de menor categoría que Mitla, que es un aparejo “verdadero” de piedra. Otra información interesante sobre Le-Duc, es que este trabajo lo realizó antes de publicar su *Dictionnaire raisonné de l'architecture Française* (entre 1854 y 1868) y en cuyo volumen VIII, pp.14-34, incluyó su trabajo pionero sobre restauración. Hasta qué grado fueron poco importantes para él las culturas de América Latina lo muestra que ni en su propia biografía oficial realizada por la Comisión de Monumentos Históricos de Francia, se cita su *Antiquités Américaines*.

Pero es interesante anotar que en Estados Unidos su influencia fue mucho mayor. Sabemos que había traducciones de sus trabajos al inglés desde 1872 (aunque nunca se tradujo el diccionario). Durante el corto gobierno del emperador Maximiliano se le envió a Viollet-le-Duc una hermosa medalla de la Orden Imperial de Nuestra Señora de Guadalupe,

³⁶ Idem. Prólogo *Antiquités Américaines*, pág. 73.

la que aún se conserva en Francia.³⁷ Una autora contemporánea reasumió el aporte de le-Duc con ese trabajo sobre México diciendo que:

“Hay que reconocer que Viollet-le-Duc no tenía conocimientos suficientes sobre nuestras civilizaciones indígenas y aunque de su ensayo nada útil puede tomarse actualmente, su amor por lo lejano y exótico es representativo de la actitud romántica propia del siglo XIX”.³⁸

En síntesis, es posible que Francisco Rodríguez y otros de sus contemporáneos conocieran las obras de este autor. Incluso en la obra de Manuel F. Álvarez *Las ruinas de Mitla y la arquitectura*, México, 1900 se incluye la traducción de parte del *Antiquités* de le-Duc además de un extracto de un artículo de Rodríguez, por lo que se infiere que este último conocía los libros del primero al que incluso cita una vez. Pero otra cosa es saber cuándo los conoció, qué efecto tuvo el Diccionario sobre él, si es que tuvo alguno y se le hizo algún caso. A la fecha no hay en la bibliografía que conocemos sobre el tema, en América Latina, de esa época, casi ninguna cita sobre le-Duc. Recordemos que los tomos que componen el Diccionario eran específicamente sobre Francia en su época gótica; cada tomo se publicó en fechas diferentes y era una publicación cara, más aún en América y que nunca fue traducido al español.

Sabemos que en algunas revistas sobre el arte y las ciencias del siglo XIX hubo algunas cortas referencias a Viollet-le-Duc. Por ejemplo, la más antigua de ellas corresponde a fecha tan temprana como 1874. Respecto a John Ruskin, las citas que hemos detectado -sin duda debe haber más-, son más tardías, y por lo general contemporáneas a su muerte en 1900. Una necrológica interesante de él fue la redactada por José Juan Tablada³⁹,

³⁷ Una buena biografía en *Eugene Viollet-le-Duc, Caisse Nationale des Monuments Historiques*, Paris, 1965. Sobre el mismo autor recomendamos: Renato de Fusco, *La idea de arquitectura: historia de la crítica desde Viollet-le-Duc a Périclès*, G. Gili, Barcelona, 1976

³⁸ Beatriz de la Fuente, *La escultura de Palenque*, UNAM, México, 1963.

³⁹ José Juan Tablada, Sir John Ruskin, *Revista Moderna*, 15-2-1900, México.

en la que interpreta la idea de la restauración arquitectónica como símbolo y “prueba más que elocuente de la miseria artística contemporánea”. Una cita positiva de Viollet-le-Duc fue la de Rodríguez en su polémica antes citada sobre la arquitectura neo indígena.

Resumiendo, creo que la búsqueda del origen del desarrollo de la restauración no se lo puede buscar en las teorías europeas del siglo XIX, por lo visto éstas llegan a América bastante más tarde. Quizás deba buscarse a nivel de políticas culturales y de ideología positivista, en especial en su vertiente nacionalista indigenista durante el Porfiriato.

VII) Una explicación teórico ideológica de los orígenes de la restauración

“¡Ojalá el estudio de este nuevo monumento arquitectónico sea el principio de un nuevo capítulo de la historia patria!”

Francisco Rodríguez, 1895

Durante el siglo XIX se produjo en México una serie de cambios a nivel ideológico, producto y consecuencia de las grandes modificaciones infraestructurales que se venían dando desde la mitad del siglo XVIII. La introducción del liberalismo capitalista, heredero del anterior eclecticismo, y años más tarde el positivismo, muestran linealmente estos cambios por sobre la anterior estructura tradicional-colonial.

Entre estos grandes procesos de transformación social, económica y política que vivió el país, se dio un fenómeno interesante: el surgimiento de una fuerte corriente nacionalista, que intentaba rescatar toda una compleja serie de valores considerados como “nacionales”, un poco como un intento de la burguesía para consolidar su poder interno.

Particularmente, hacia la mitad del siglo pasado estas ideas comenzaron a tomar forma en diversas maneras, lo que hace más notable a nivel ideológico en ciertos tipos de

literatura⁴⁰, pintura⁴¹, arquitectura, poesía⁴², y escultura de tipo neo-colonial y neo-indígena. Especialmente dentro de la corriente conocida como indigenista, hay una revalorización de las formas prehispánicas y de los “héroes” del mundo náhuatl. Un buen ejemplo es Cuauhtemoc al que se le levantaron varios monumentos, como el de Reforma e Insurgentes por Eduardo Noreña y Francisco Jiménez en 1887.

Todo esto se consolida en los años posteriores a 1870, en especial debido a la instalación de Porfirio Díaz en el poder en el 76, el auge de la nueva y creciente burguesía industrial y se continúa hasta 1910, en base a la marcada tranquilidad económica que había para algunos sectores sociales. Esto permitió la realización de trabajos arqueológicos, la publicación de libros e incluso la organización de largas investigaciones, como las Manuel Orozco y Berra, Justo Sierra y las de Vicente Riva Palacio⁴³.

Este auge de publicaciones de temas arqueológicos e históricos comenzó hacia 1883-84 fecha, en la que Ignacio Bernal ubica la primera “etapa científica” de la historia de la arqueología mexicana⁴⁴. Quizás el primer trabajo publicado en esta corriente haya sido el de Francisco Troncoso, *Ensayos sobre los símbolos cronográficos de los mexica*, que se continuó con los escritos de Maudslay (desde 1881), Seler (desde 1884) y Holmes (arribó a México en 1895). En 1885 Chavero había terminado el tomo I de *México a través de los siglos*, los *Anales del Museo Nacional* comenzaron a editarse en 1877, los *Congresos Internacionales de Americanistas* comenzaron a realizarse en Europa en 1875⁴⁵, y cinco

⁴⁰ Ida Rodríguez Prampolini, *La figura del indio en la pintura del siglo XIX: fondo ideológico*, En *INI 30 años después* Instituto Nacional Indigenista, pp. 303-319, México.1978, (existen varias ediciones).

⁴¹ Daniel Schávelzon, *La arquitectura neoindígena de México*, 1980. Israel Katzman, *La arquitectura del siglo XIX en México*, UNAM, México, 1973. Manuel Alvarez, *Las ruinas de Mitla y la arquitectura*, México, 1900.

⁴² Justino Fernández, *El arte del siglo XIX en México*, UNAM, México, 1956.

⁴³ Luis Villorio, *Los grandes monumentos del indigenismo en México*, CISINAH, México, 1979 (hay varias ediciones).

⁴⁴ Ignacio Bernal. *La arqueología mexicana de 1880 a la fecha*, Cuadernos Americanos Vol. LXV, Nº 5, pp. 122-145, México.

⁴⁵ Juan Comas, *100 años de Congresos Americanistas*, UNAM, México, 1976.

años antes del fin del siglo comenzó a salir a la luz el *Journal de la Société des Americanistes*, de París.

Todo este monumental auge de lo prehispánico, acompañado por supuesto de trabajos de campo, alcanzó su punto álgido cuando fue nombrado Leopoldo Batres por Porfirio Díaz para ser el primer Inspector de Monumentos (1886). Este comenzó a recorrer el país intensamente y desde ese año realizó incluso trabajos arqueológicos. Sus exploraciones en la calle de Las Escalerillas es de 1895, las de Teotihuacan se remontan a 1905-11, y las de Mitla son de 1908⁴⁶ o anteriores.

Respecto a Batres, indudablemente el padre de la arqueología científica de México, debemos recordar que en 1887 había realizado un largo viaje por Oaxaca, y el año anterior había propuesto el iniciar trabajos de excavación en Teotihuacan, aunque no pudieron llevarse a cabo. En Oaxaca visitó Mitla, Xaaga, Xoxo, Monte Albán, Cuilapan y otros sitios. En Xoxo excavó parcialmente la tumba y luego le entregó \$100 a su descubridor C. Sologuren para que continúe los trabajos y para que “quede totalmente descubierta el mencionado monumento y garantizada su conservación”⁴⁷. En Mitla también realizó algunas cortas obras, en especial retiró los ladrillos de adobe y otros elementos constructivos coloniales que habían sido adosados al Palacio de las Columnas desde hacía tiempo; también limpió una tumba, trabajo que más tarde fue terminado por Saville. En Mitla no realizó trabajos de restauración en ese momento, estos serían comenzados varios años más tarde (después de 1900), aunque según un artículo publicado en una revista de la época, sabemos que entregó \$ 200 al “ingeniero del estado” para realizar “reparaciones”⁴⁸.

Un buen ejemplo de la situación imperante con anterioridad al inicio de los trabajos de tipo científico, lo muestran las primeras instrucciones para la investigación antropológica (de 1862) que se realizaron para ser aplicadas en México por la Misión Francesa⁴⁹. En estas se dice directamente que: “no hay tampoco que dejar pasar ninguna

⁴⁶ Sobre los trabajos de restauración de Leopoldo Batres puede verse a Augusto Molina, *La restauración arquitectónica de edificios arqueológicos*, INAH, México, 1976.

⁴⁷ Noticias aparecidas en *El siglo XIX*, de 4 y 6 de enero de 1887, México.

⁴⁸ Noticias en *El siglo XIX*, 3 de febrero de 1887.

⁴⁹ Juan Comas, *Las primeras instrucciones para la investigación antropológica en México*, (1863), UNAM, México, 1962.

oportunidad de efectuar excavaciones en los monumentos funerarios que localicen los aventureros exploradores, con el fin de recoger los cráneos que pudieran hallar”.

En otras páginas de este trabajo desarrollaremos un panorama de los trabajos arqueológicos de campo realizados en México en esos años. Pero no podemos dejar de citar, con el objeto de mostrar el auge que esto había alcanzado, los trabajos de Bastián, Gordon, Habel, Bandelier, Goodman, Spinden, Gates, Thompson, Toser, Nutall, Bodwitch y Hamy, por solo citar algunos de los pioneros.

Incluso este renacer intelectual en México, que alcanzó su punto máximo con las festividades del Centenario de la Independencia en 1910, en las que el Porfirismo se mostró ante el mundo con todo su esplendor, llegó con fuerza al interior del país. Concretamente en esos años el director del Museo Nacional era Cecilio Robelo, nacido en Cuernavaca, y el subdirector fue el propio Francisco Rodríguez, nacido en Tepoztlán. Esta etapa está signada también por la introducción de toda una tecnología europea-norteamericana de importancia: luz eléctrica, teléfono, ferrocarriles, tranvías y automóviles.

Todo esto nos muestra que la realización de esos trabajos no puede interpretarse como la obra de un hombre aislado, que quiso darle un poco de importancia a su pueblo natal aprovechando su puesto en el museo. Obviamente es parte indisoluble de toda la política cultural del Porfiriato que se reprodujo en este lugar. Según una autora conocida⁵⁰:

“En 1836 se había fundado la Academia de Letrán que tenía como finalidad mexicanizar la literatura emancipándola de toda otra, dándole carácter peculiar. Es muy significativo que la que se ha considerado obra maestra del romanticismo mexicano sea la *Profecía de Guatimoc* de Rodríguez Galván (1816-1842), miembro de esa academia, quien también escribió una leyenda en prosa y verso intitulada *La Visión de Moctezuma*. El nacionalismo indigenista y prehispanista comenzaba a tener su expresión en la literatura con el propio Rodríguez Galván y con José Joaquín Pesado que escribió *Las Aztecas*.

⁵⁰ Josefina García Quintana 1977, op. Cit.

Así como los europeos resucitaban Grecia, la Edad Media o los mitos germánicos, los nacionalistas mexicanos del siglo XIX invocaban a Nezahualcóyotl, Moctezuma y Cuauhtémoc, pidiéndoles inspiración y fuerza contra la opresión. En esta línea están Xochitl y Quetzacóatl, dos dramas escritos por Alfredo Chavero, y una loa que sobre un tema indígena compusieron Enrique Olavaria y Ferrari, Justo Sierra y Esteban González. Para Vigil el contenido de la literatura debería encontrarse en “las tradiciones gloriosas, aspiraciones de raza y hasta infortunios, vicios y virtudes particulares (...) En las artes plásticas hubo pintores y escultores que ensayaron algún tema indígena o prehispánico en sus obras. Se produjeron así: *El descubrimiento del pulque* de José Obregón; *El senado de Tlaxcala* de Rodrigo Gutiérrez; *El baño* de Nezahualcóyotl, *La pirámide del sol y de la luna*, *Xochitzin y la cacería* de Velasco; *Nezahualcóyotl salvado de sus perseguidores*, *Moctezuma II yendo a una cacería a Chapultepec* y *La captura de Cuauhtémoc* de Luis Coto Maldonado; *La noche triste* de Francisco de Paula Mendoza; *Sacrificio de una princesa acolhua* de Petronila Monroy; *La matanza de cholula* de Félix Parra; *Sacrificio al sol* de Carlos Rivera; *Quetzalcóatl* de Antonio Ruiz; *Ofrenda a los dioses* de Librado Suárez; *La princesa Papatzín* de Juan Urruchi; *La elección de Moctezuma* y *El Tzompantle* de Adrián Unzueta; Leandro Izaguirre, ya en 1892 representó la culminación de la corriente prehispánica con su cuadro *El suplicio de Cuauhtémoc*. En resumen, el interés por rescatar el pasado prehispánico de México fue una de las corrientes principales del nacionalismo del siglo XIX, sobre todo de la segunda mitad. Quienes la sustentaron veían en ese pasado remoto la base para conformar la identidad nacional; deseaban que se conocieran en toda su amplitud la historia y las manifestaciones culturales de los antiguos habitantes del territorio y que se conservara y estudiara todo lo que de ella quedaba, por ejemplo, las lenguas y los monumentos. Este anhelo se realizó notoriamente en la literatura y en las artes plásticas pues fue en este período cuando comenzaron a aparecer con más frecuencia en esos campos, los temas indígenas y prehispánicos, dentro de los cuales estaba la exaltación de las figuras cimeras de la historia antigua del país”.

Concretamente en Tepoztlán, en el momento en que Rodríguez comenzó la excavación y restauración de la pirámide del Tepozteco, se estaban realizando grandes cambios económicos y sociales. En un excelente resumen, el antropólogo social Oscar Lewis⁵¹ nos dice que:

“Más cuando Díaz llegó al poder en 1877, recuperó gran parte de la antigua gloria. En Tepoztlán, los caciques apoyaron a la Iglesia como una fuerza conservadora de importancia, y de nuevo la unieron al Estado. Una vez más, volvieron a celebrarse pomposas fiestas religiosas en el pueblo y la asistencia a ellas llegó a ser considerable. Un hecho importante en la historia de Tepoztlán fue la construcción en la parte alta del municipio, de la vía férrea en 1897. Y aunque la mayor parte de los tepoztecos se opusieron a que pasara por allí la línea del ferrocarril y acusaron a los caciques de vender las tierras comunales a los gringos, al final toda la población resultó beneficiada. En efecto, muchos trabajadores del pueblo fueron empleados como obreros, con una paga diaria que equivalía a tres veces la que prevalecía en las haciendas. El comercio, por otra parte, subió de nivel y se realizaron varias obras públicas con el dinero que, tanto el propio pueblo como el municipio, recibió de la compañía ferrocarrilera a cambio del permiso para construir la línea en sus tierras. Entre aquellas obras pueden citarse la construcción del edificio municipal y del parque, el alumbrado de las principales calles por medio de lámparas de aceite, y la introducción de tubería para el agua. Con la vía férrea surgieron también las primeras cecas de alambre y los primeros arados de hierro, asimismo, con la aparición de los trenes de carga se estimuló la explotación comercial de los bosques y la producción de carbón. La concomitante expansión de la economía condujo también a otros cambios. Se fundó un pequeño museo de antigüedades, se abrió una biblioteca pública y se instituyeron clases nocturnas para los adultos. Este florecimiento cultural, aunque fue de poca duración y limitado a un pequeño grupo de gente bien y de intelectuales, conquistó para Tepoztlán la reputación de ser la Atenas del Estado de Morelos”.

⁵¹ Oscar Lewis, 1975, op. Cit

De todas formas, no debemos hacernos una imagen equivocada del desarrollo socio-cultural durante la época Porfirista. Si bien un sector social estaba moviéndose rápidamente hacia arriba y sus condiciones culturales también, la realidad del campesinado y del indígena seguían siendo terribles. En 1883 Manuel Rivera Cambas describía la población de Tezotlán en los siguientes términos⁵²:

“Exceptuando algunos vecinos que se dedican al cultivo del maíz y la arriería, los demás son infelices jornaleros que ganan dos reales en el campo y cuando falta trabajo conducen en las espaldas, frutas a la capital de la República. Tienen que arrendar terreno a las haciendas por faltarles propios. Llevan leña a vender a las haciendas, recurso de muchos infelices, que sumergidos en tanta pobreza buscan el olvido de su situación en el generalizado vicio de la embriaguez”.

También Rivera Cambas hizo un mordaz comentario en relación a las escuelas:

“Hay dos escuelas de niños y otras tantas de niñas;- pero además de ser irregular la asistencia, carecen de libros y útiles, aún de tinta y papel, y a veces se adeuda el sueldo a los preceptores; por esto los padres de familia tienen que asociarse y contribuir para el sostenimiento de los establecimientos de instrucción- para la niñez”.

⁵² Manuel Rivera Cambas, *México pintoresco, histórico y monumental*, 3 vols. Imprenta de la Reforma, México, 1883, tomo III, pp. 251-252.

Respecto a la situación general de las ciencias históricas tenemos un buen resumen del libro de Daniel Cossío Villegas⁵³, quien nos cuenta que:

“También en este campo se hizo sentir el impulso renovador de Justo Sierra, pero también aquí tropezó con la oposición de quienes manejaban las finanzas del país. En 1909 se quejó Roberto Núñez, subsecretario de Hacienda, de que pese a los financieros para quienes era una cosa baladí, la arqueología era lo único que daba personalidad a México en el mundo científico. Irónicamente escribió a Limantour que el negarle dinero para la reparación de la Escuela Normal y de Teotihuacan es lo mejor que cabía hacer pues de ese modo los huéspedes de México en el Centenario contemplarían, además de las ruinas de Teotihuacan, las de la Preparatoria y la Normal; al cabo nosotros- no figuramos en el mundo sino como un país de ruinas”.

Para ir finalizando podemos decir que de esta manera como nosotros vemos y nos explicamos este renacer “oficial” del interés cultural por lo prehispánico. Coincide justamente con el momento en que la clase dominante, la burguesa, ya se siente suficientemente fuerte y segura, y por otra parte, ve a lo indígena como algo ya muerto, inofensivo para la subsistencia de su propio sistema económico. Es lógico entender entonces porqué fue justamente la ideología iluminista enciclopédica de fines del siglo XVIII (Clavijero, por ejemplo) la que vio nacer esta reivindicación, pero sólo el liberalismo positivista pudo llegar a aceptarla como parte integrante de la nueva cultura nacional.

Citando a una autora que ha visto igual el problema, podemos decir que “la fase colonial del capitalismo tuvo razones muy concretas para ignorar intencionalmente los valores que encarna y representa este arte (el prehispánico), ya que sus valores eran

⁵³ Daniel Cossío Villegas, *Historia Moderna de México*, vol. 4, Editorial Hermes, México, 1973.

expresión de las sociedades en cuanto a su modo de producción e ideología, que prefirió dominar en todos sus aspectos ante de comprenderlos”⁵⁴.

Parafraseando ahora a Mukarovsky, es factible aceptar que lo que se estaba restaurando era solo una *imagen* de la arquitectura prehispánica, ya que *el objeto pirámide* había cambiado de sentido: ya no eran los indígenas con toda su carga social o ideológica, era la imagen de ellos que el sistema estaba ahora revirtiendo. No era el momento hecho por los antepasados de los indígenas, quienes seguían siendo explotados en las haciendas del régimen, sino sus “gloriosos antecesores”. Sólo un caso más en la larga historia del proceso de transculturación de los valores reales de las formas arquitectónicas.

Este párrafo anterior nos trata de profundizar un poco más en una visión sociológica de la restauración histórica. Tradicionalmente se ha interpretado esta idea de conservar la arquitectura prehispánica como una *necesidad de búsqueda de los antecedentes*, como una *necesidad de mantener contacto con los antepasados*. Nada más simplista que eso. Esta segunda definición está bien contestada por la *Economía política del signo* de Jan Baudrillard cuando este nos dice que

“una teoría de las necesidades no tiene sentido: no puede haber más que una teoría del concepto ideológico de la necesidad. Igualmente una reflexión sobre la génesis de las necesidades tiene tan poco fundamento como una historia de la voluntad, por ejemplo”⁵⁵.

Si ahondamos solamente un poco, vemos como esta idea de la restauración nace tanto en Europa como en América Latina en un momento concreto y determinado de su historia: la consolidación del poder del capitalismo industrial burgués. Y a primera vista se hace evidente que existe una necesidad social de encontrar una justificación ideológica (histórica) que convalide su estructura social, y más que nada, su modo de producción. Por

⁵⁴ Dúdrice S. Tómac, Apuntes sobre algunos problemas de la investigación del arte prehispánico en Mesoamérica, *Anales del I.I.E.* N° 47, UNAM, México, 1977.

⁵⁵ Jan Braudillard, *Crítica de la economía política del signo*, siglo XXI, México, 1974.

otra parte, vemos un intento de borrar el presente, de encontrar una salida mitológica, más bien una válvula de escape. Las ruinas, al igual que la artesanía, poseen un valor como objeto muy diferente al de la arquitectura industrializada y de alta tecnología, o los simples productos fabricados: posee un valor de naturaleza, de “cosa creada”^{56[56]}, de producción individual y artesanal, única e irreproducible, totalmente a la inversa de la industria capitalista. Hay una regresión (en términos psicoanalíticos) histórica, un tratar de reencontrar un camino ya definitivamente perdido.

Un historiador que ha profundizado en el siglo pasado, tal como es Giulio Carlo Argan⁵⁷, definió la situación con toda claridad al hablar de los famosos *revivals* característicos de la época (recordemos al neoindígena Mexicano), cuando dijo:

“La época de los *revivals* coincide con la toma de poder por parte de la burguesía, por tal razón la evasión significa no estar de acuerdo con la forma de gestionar el poder de la burguesía, explotando a las clases humildes en lugar de educarlas. Falta por consiguiente al papel que como clase dirigente tiene asignado (...). Reencontrar una cultura precientífica significa encontrar la verdadera cultura del pueblo; por esta razón los primeros *revivals* son al mismo tiempo un movimiento aristocrático y popular, y coinciden en la búsqueda de una clara definición de los conceptos de pueblo y nación... Significa reencontrar un tiempo en el que no existía la lucha de clases, cada uno aceptaba la condición que la divinidad le había dado y no intentaba cambiarla ni mediante el progreso ni por la revolución (...) Se ve al pueblo como depositario de las tradiciones nacionales”.

De alguna manera con el caso de la arquitectura prehispánica nos encontramos frente a una situación homóloga: es de lamentar que aún no existan análisis de tipo “sígnico” del “objeto pirámide” Incluso entendiéndolo semiológicamente ya que eso

⁵⁶ Jan Baudrillard, *El sistema de los objetos*, Siglo XXI, México, 1969.

⁵⁷ Giulio Carlo Argan, *El pasado en el presente*, Gustavo Gili, Barcelona, 1973.

también nos podría ubicar mejor en esta clase de estudios. Tal como el ya citado Baudrillard⁵⁸ lo definiría, el objeto “está allí para significar”, pero la pregunta ahora es: ¿qué significa? Recordemos que:

“su valor estético es siempre un valor derivado, en él se borran los estigmas de la producción industrial y las funciones primarias. Por todas esas razones, el gusto por lo antiguo es característico del deseo de trascender la dimensión del triunfo económico, en consagrar en un signo simbólico, culturalizado y redundante, un triunfo social que busca una legitimidad, una herencia, una sanción noble”.

⁵⁸[58] Jan Baudrillard, 1974, op. Cit.

VIII) Algunas notas teóricas sobre *restauración, apropiación del pasado y el uso oficial de la historia*

“Este monumento nos marca un largo período de tiempo transcurrido, nos indica el grado de cultura alcanzado por sus constructores y el sentimiento estético de su civilización”.

Francisco Rodríguez, 1895

Cuando hablamos de restauración de Monumentos, o mejor aún, de Conservación del Patrimonio Cultural, debemos primero preguntarnos: ¿qué es lo uno y qué es lo otro? Desgraciadamente si revisamos la bibliografía existente, encontramos que las respuestas son muchas y variadas, a tal extremo que se contradicen entre ellas. Por ejemplo: cuando hace una veintena de años dos grandes antropólogos de la escuela norteamericana, Kroeber y Klukholm, se plantearon la misma duda, encontraron que entre los antropólogos se manejaban casi quinientas definiciones diferentes de qué es la cultura. Y si realizáramos con términos como *monumento* o *restaurar*, nos enfrentaríamos con el mismo caso, aunque no es este el lugar para llevarlo a cabo.

Si bien no podemos desarrollar aquí estas ideas, creemos que la restauración solo puede ser definida dentro de su realidad dialéctica: se define restaurar en la medida en que se puede también definir su término opuesto, destruir. No existe lo uno sin lo otro, ambos

son pares dialécticos de una misma realidad. Cualquier otro intento de aproximación produciría risa a un filósofo serio. Para nosotros, la definición actual de la restauración, o de la conservación nace a partir de un momento histórico definido: el desarrollo de la sociedad capitalista. En sociedades anteriores el problema era radicalmente diferente⁵⁹.

Por ejemplo, en el mundo prehispánico, ambos conceptos tomaban valores diferentes: se construía conservando lo anterior dentro de lo nuevo, aunque no siempre dejándolo a la vista, e incluso, muchas veces, destruyéndolo en parte. El Templo de Quetzlcoatl en Teotihuacan, en su segunda etapa, destruyó gran parte del edificio anterior con esculturas, pero la fachada principal fue mantenida intacta en su interior. En Cacaxtla y en Tulum, por solo citar dos ejemplos, se destruyen parte de los murales, se colocan nuevos edificios encima, aunque tapándolos con delgadas capas de fina arena para protegerlos pese a todo: la destrucción y la conservación son un mismo fenómeno, dialécticamente unidos, en función de otro tipo de intereses: imagen del poder del estado, uso ideológico de la religión o quien sabe, pero la realidad era esa, era en cierta forma la persistencia del pasado, aunque sin que interviniera en el presente. Por ejemplo, es interesante ver como los objetos importantes de culturas anteriores, siguieron poseyendo algún tipo de valor determinado. Dos casos interesantes son dos máscaras olmecas descubiertas en los últimos años, una entre las ofrendas del Templo Mayor⁶⁰, y otra en un entierro maya posclásico de la isla de Cozumel⁶¹, es decir, que continuaban en eso unos treinta siglos después de realizadas.

Durante el período colonial, la cuestión cambió en forma radical: la conquista, material y espiritual, necesitaba controlar todos los mecanismos sociales, tanto económicos como ideológicos, por lo que parte de la conquista fue la estructuración del saqueo, expolio y destrucción a escala monumental. Muchísimo se ha escrito sobre el saqueo del patrimonio indígena durante tres siglos; incluso existen compilaciones y resúmenes muy

⁵⁹ Jaime Litvak, *El patrimonio arqueológico nacional: un problema de proceso y concepto*. Simposium...INBA, México, 1978

⁶⁰ Eduardo Matos, Una máscara olmeca en el Templo Mayor de Tenochtitlán, *Anales de Antropología*, N° XVI, México, 1979. Otro ejemplo de un objeto olmeca en el período Clásico, J. Gussmyer, Una figurilla olmeca en un entierro del horizonte Clásico, *Estudios de Cultura Maya*, vol X, 1976, México.

⁶¹ William Rathje, Descubrimiento de un jade olmeca en la isla de Cozumel, Quintana Roo, *Estudios de Cultura Maya*, vol. IX, 1973, México

extensos⁶², pero uno de los elementos económicos que mantuvieron la conquista en muchos sitios fue justamente la violación sistemática de tumbas con oro y plata. El resultado fue la casi extinción, tanto humana como material, del mundo prehispánico para superponerle otro nuevo.

Un edicto de la santa inquisición, dictado en México durante el siglo XVIII, es muestra evidente del expolio colonial:

“Destruid los ídolos, echadlos por tierra, quemad, confundid acabad todos los lugares donde estuvieren, aniquilad los sitios, montes y peñascos en que los pusieron, cubrid y cerrad a piedra y lodo las cuevas donde los ocultaron, para que no os ocurra al pensamiento su memoria: no hagáis sacrificios al demonio, ni pidáis consejos a los magos, encantadores, brujos maléficos, ni adivinos, no tengáis trato ni amistad con ellos, ni los ocultéis, sino descubridlos y acusadlos; aunque sean vuestros padres, madres, hijos, hermanos, maridos o mujeres propios; no oigáis ni creáis a los que os quieren engañar, aunque los veáis hacer cosas que os parezcan milagros, porque verdaderamente no lo son, sino embustes del demonio para apartaros de la fe”⁶³.

La sociedad capitalista industrial, de gran crecimiento urbano, de fuerte especulación con la renta de la tierra, privatización y monopolización de los medios de producción y explotación de una clase social por otra, produjo el rápido desarrollo de fuerzas económicas y políticas interesadas en destruir lo pasado, en mercantilizar la arquitectura, en usar al patrimonio como instrumento de lucro y especulación comercial. Es justamente en ese momento en que las primeras voces por conservar algo que antes se conservaba casi solo, comienzan a levantarse. Y lógicamente, en los países centrales de Europa esto ocurre primero: son justamente los países donde el desarrollo y la

⁶² Apéndice I de esta misma tesis.

⁶³ Daniel Schávelzon, Supervivencia de cultos prehispánicos en Guatemala, *Proyecciones de América Latina*, vol 1., México, 1980.

reproducción del capitalismo es más acelerado y brutal: Francia, Inglaterra, Alemania, Italia, los Países Bajos, etc.

Es entonces cuando nos preguntamos nuevamente ¿por qué no tenemos una historia propia de nuestra especialidad? Quizás no la hay porque tenemos un atraso teórico de medio siglo: hemos abandonado los planteos “nacionalistas” de algunos pioneros del Porfirismo, Batres, Rodríguez, Galindo y Villa, Mariscal, Alvarez, etc., para reemplazarlos por el axiologismo de José Villagrán García. Esta herencia villagraniana, que en su momento fue de gran valor, metió a la restauración dentro de un juego muy discutible de “valores” idealistas, irreales y ahistóricos, donde estos, al igual que al “hombre” o a la “cultura”, no se la define por su realidad histórica; sabemos que hay una cultura y un patrimonio para cada época, momento y clase social. Muchos autores atacaron esta continuación del idealismo alemán del siglo pasado, reelaborado en este caso a través de Francia durante 1880-1900, pero pese a eso y “no obstante los golpes recibidos, aún se obstina en mantenerse en pie”, según Adolfo Sánchez Vázquez⁶⁴. La realidad social modifica constantemente los valores de la cultura: estos son siempre determinados ideológicamente por el sistema en que está inmersos, son el resultado de la estructura económico-productiva, y no existe valor estético fijo o inmutable, ni en la teoría, ni en la realidad empírica.

De alguna manera podemos postular entonces que el atraso teórico en la restauración del patrimonio se debe a que, por un lado se ha desconocido el verdadero legado teórico de la generación porfirista, al igual que el de su subsecuente la revolucionaria, encabezada por Manuel Gamio y sus colaboradores⁶⁵. Este bagaje fue desconocido de un solo plumazo durante la década de los años 1950 y 1960 especialmente por José Villagrán García, quien centró las miras en Europa y asentó sus ideas sobre teorías axiológicas, idealistas y valorativas, construyendo una historia externa al fenómeno en cuestión.

⁶⁴ Adolfo Sánchez Vázquez, *La ideología de la “neutralidad ideológica” en las ciencias sociales*. Mecanoscrito, México, 1975.

⁶⁵ Manuel Gamio (coord.), *La población del valle de Teotihuacán*, Secretaría de Agricultura y Fomento, 3 vols., México, 1922.

El otro factor a tener en cuenta, es que al no existir una definición del término “cultura”, se ha caído en lo que Cirese⁶⁶ ha definido con claridad, cuando apunta hacia las persistencias románticas dentro de esta temática:

“La unidad y originalidad del patrimonio popular fueron solamente nobles ilusiones que ahora han perdido su función positiva. Todos sabemos que el pueblo y las fuerzas eternas del alma popular son mitos, o por lo menos maneras míticas de designar fenómenos, que al revés, es necesario conocer y dominar con métodos científicos. En fin, el viejo concepto ha sufrido crisis profundas y definitivas y ahora es refutado decisivamente, por lo menos a nivel racional”.

⁶⁶ Alberto Cirese, *Cultura hegemónica y cultura subalterna*, Palumbo Editor, Palermo, 1978. *Folclor y antropología*, Palumbo Editor, Palermo, 1972

IX) Conclusiones

Si en este momento tuviéramos que sacar conclusiones creo que serían las siguientes: dentro de la obvia provisionalidad que tiene cualquier conclusión que se precie de científica, podemos afirmar que la restauración de monumentos en América Latina, y particularmente en México, llegó en los últimos diez años del siglo XIX, inmersa dentro del positivismo tardío y su vertiente nacionalista. Está incluido en ella, y es parte indisoluble de su ideología.

En segundo nivel, es posible pensar que las obras de Francisco Rodríguez en la pirámide de Tepoztlán es un notable trabajo por diferentes motivos: una escala reducida y lógica, una restauración sin alteraciones ni reconstrucciones hipotéticas, con obras auxiliares -caseta de control, acceso, museo, monumento en el pueblo, camino-, incluidas dentro de otras obras de infraestructura en el pueblo, plaza, municipio, agua, luz. Es decir, que prácticamente estaríamos frente al *primer proyecto de puesta en valor de un sitio histórico* de América Latina.

El inicio de estos trabajos, el ya reseñado al igual que otros importantes citados, se hicieron al principio sin una idea de tipo teórica suficientemente clara, aunque ellos sí la tenían. Concretamente se levantaron polémicas sobre el valor del arte “indigenista” y su significado, pero nunca sobre la restauración arqueológica. Las ideas de Ruskin o Viollet-le-Duc llegaron hacia fin de siglo y no modificaron en nada el desarrollo de la restauración americana⁶⁷.

Sería interesante revisar la bibliografía de la época con mucho detenimiento, para tratar de entender con mayor claridad y detalle cuáles fueron esas ideas, cómo las materializaron y si, al final, se está tratando de construir una teoría de esta rama de la

⁶⁷ Sobre la reconstrucción de monumentos arqueológicos en Mesoamérica y su crítica pueden verse: Augusto Molina, 1975, op.cit; Daniel Schávelzon y Paul Gendrop, 1979, La restauración de monumentos prehispánicos en América Latina, *Cuadernos de Arquitectura y Conservación del Patrimonio Artístico*, nos. 4-5, pp. 59-61, INBA, México.

restauración que no se ajusta a la realidad histórica. Una cosa son las ideas que los historiadores le atribuyen a sus historiados, y otra muy diferente son las que ellos mismos sostuvieron. Necesitamos una historia y una teoría verdaderamente científicas de la restauración de la arquitectura en particular y de la conservación de la cultura en general.

APÉNDICE

Ponencia presentada por el Arq. Francisco Rodríguez en el XI Congreso Internacional de Americanistas, reunidos en México en 1895. El texto que se transcribe figura en las *Actas* de dicho evento, páginas 232-237.

Descripción de la Pirámide llamada Casa del Tepozteco, perteneciente al pueblo de Tepoztlán, del Estado de Morelos, que fue descubierta por el arquitecto que suscribe, y bajo cuya dirección se levantaron los planos respectivos en el período transcurrido del 12 al 31 de agosto del presente año de 1895.

“Al noreste de la ciudad de Cuernavaca y a 17 kilómetros de distancia se distingue una depresión natural del terreno, de cuyo hundimiento surgen, elevando sus colosales crestas imponentes y gigantescas rocas porfídicas, como otras tantas huellas de las convulsiones que sufrió el globo terrestre al solidificarse la corteza que hoy sirve de mansión a sus moradores: y en medio de esos peñascos seculares, al pie de los cuales, brotan cien manantiales de agua nítida y cristalina que corre murmurando apaciblemente entre guijarros relucientes, está escondido el simpático pueblo de Tepoztlán, tierra ferruginosa, cuyos pacíficos habitantes, indígenas en su totalidad, conservan con religioso apego la rica y sonora lengua náhuatl, que de generación en generación les han transmitido inalterable sus antepasados.

El pueblo de Tepoztlán, cabecera de la municipalidad de su nombre, consta de cinco a seis habitantes: la configuración de su suelo es muy quebrada, predominando en su conjunto la de un plano inclinado de Este a Oeste, protegido al Norte y Sur por majestuosas montañas, siempre verdes, siempre frescas y siempre floridas, que desprenden, especialmente en las estaciones de primavera y de verano, oleadas de perfumes silvestres que tienen constantemente impregnado el aire que respiran los habitantes que viven en su falda. Al Norte de la población y en la cima de uno de sus más pintorescos y elevados peñascos, de donde se domina con la vista casi toda la extensión de Yautepec y Cuautla, se levanta la pirámide con sus tres airosos cuerpos hasta la altura de veinte metros, contando

desde su arranque sobre la roca. Sus materiales son sillares de tezontle rojo y negro, piedra basáltica y mortero de cal y arena, que debieron llevarse desde considerable distancia a aquel sitio.

El primer cuerpo piramidal, amplio basamento que sirve a los dos cuerpos sucesivos, arranca sobre la roca, teniendo tres de sus lados una elevación de 98.50; trabajo ejecutado en virtud de lo áspero del terreno y para dar fácil asiento a los cuerpos sostenidos. A esta plataforma se asciende por dos escalinatas, una que mira al Oriente y que constó de dos tramos formando entre sí un ángulo recto, y de la cual no quedan sino ruinosos pasamanos, entre los cuales se hallan las oquedades de los sillares que formaron la huella y peralte de la escalera; la otra mira al Sur: esta es la mejor conservada, y conduce directamente al atrio frente a una fuente circular hecha con mortero y piedra dura, y a los restos bien precisos de lo que fue el altar de los sacrificios: este está colocado en el frente y corresponde al eje de la escalinata que conduce al tercer piso, de la cual se conserva perfectamente seis escalones de los catorce que tuvo: terminada esta escalinata estaremos en un descanso o pórtico sobre el cual se abren tres puertas que dan acceso al suntuoso Teocalli. Este recinto sagrado cuyas dimensiones superficiales son de 48 m.c. está dividido en dos com partimientos en el sentido de Sur a Norte; el primero mayor que el segundo, fue la parte accesible a toda clase de personajes; en el centro de la cual existe una oquedad rectangular, que marca el sitio donde se mantuvo el fuego sagrado, como lo comprueba el carbón allí encontrado, así como algunos fragmentos bien conservados del incienso (copilli) que usaban los reyes. Tanto en el primero como en el segundo compartimiento hay apoyados en los muros asientos de piedra, en cuyas caras verticales se ven inscripciones jeroglíficas perfectamente dibujadas y conservadas, ostentando el vigor de su colorido: estas probablemente darán alguna luz a nuestra historia.

En el muro divisorio hay dos pilastras que a la vez de marcar la transición, servían para sostener la bóveda; aquellas tienen por base un muro ligeramente ataludado hasta la altura de un metro; enseguida las pilastras se levantan a plomo, recibiendo en sus paramentos una variada decoración arquitectónica, que consiste en estrías de sección rectangular, dentículos pareados, perlas y casquetes esféricos, artísticamente distribuidos entre molduras de poco relieve y que contribuyen a producir un efecto armonioso: sobre estas descansa una original y bellísima greca, cuyo relieve marcado por la proyección de su sombra sobre un fondo oscuro, da toda la gracia de su concepción. Por último, coronan a

estas pilastras unos soles que solo en parte se conservan. La decoración policroma concurre graciosamente a diferenciar la forma, conservándose con toda claridad el rojo, negro azul y violado. Cubrió este recinto sagrado una bóveda casi plana, teniendo para la amplitud de cinco metros una flecha máxima de cincuenta centímetros; su espesor fue de 0,70 m. desde su arranque hasta la pared superior; en su construcción se empleó el sistema concreto o de aglomeraciones obtenida por el mortero, formando masas gruesas compuestas de guijarros, tezontle, reunidos por la cal y arena; pues el mortero en esta construcción fue un agente necesario: sobre esta bóveda cuyas dimensiones y forma son ya conocidas, descansaba el remate de todo el monumento, el cual fue una pirámide completa, tal como manifiesta el cuerpo superior donde quedan todavía algunas piedras angulares del arranque de aquella, marcándonos el ángulo de inclinación.

El segundo cuerpo, cuyo piso interior es la continuación del atrio, forma la cripta, en la que reposan probablemente los despojos mortales del rey o jefe Tepozteca que la mandó construir, y quizás las de otros personajes que en aquel silencioso recinto duermen tranquilamente, sin que se haya violado aún su última morada, pues el tiempo de que dispuso, demasiado escaso, me impidió penetrar en el interior de aquella necrópolis. Al contemplar el monumento en su conjunto y en el lugar en que se levanta, sorprende el inmenso trabajo llevado a efecto en su construcción. La infinidad de sillares de tezontle, piedra dura que necesitó para su fábrica, y que fueron transportados y elevados a esa prodigiosa altura de difícil ascenso, están tallados perfectamente y se unen con perfección tal las juntas, que se revela un conocimiento vasto en el arte de construir. Más maravillosa es aún la suma de conocimientos arquitectónicos que revela la construcción de los vacíos de descarga sobre el techo de la cripta, la de los muros, y sobre todo, el plano del conjunto, perfectamente orientado. La obra está ejecutada con tal precisión, que a pesar de su inmenso peso no hay la menor fracción de pulgada que revele haber hecho el menor movimiento al asentarse.

Es en verdad grandioso el efecto arquitectónico de la pirámide desde cualquier punto que se contemple. El aislamiento de su masa, su solidez, estabilidad, la simétrica armonía de sus líneas, su perfecta sencillez y falta de ornato exterior, despiertan en el que la contempla una idea de grandeza y majestad, y un sentimiento de profundo respeto.

Poco tendré que decir al comparar esta pirámide con las de Egipto, cerca del Cairo: la forma es la misma, porque la forma piramidal es el tipo arquitectónico de

perfección monumental y hasta como tipo de adorno; esta fue la adoptada por nuestros antepasados, porque el espíritu humano que procede universalmente bajo el imperio de las mismas leyes, llegó a producir espontáneamente resultados semejantes a los de Egipto. El problema que tuvieron que resolver aquellas es diferente, según lo que los investigadores egiptólogos han confirmado, fueron tumbas con sus cámaras sepulcrales que guardaron en ricos sarcófagos los despojos mortales de los reyes que las mandaron construir; la forma general asombra por sus dimensiones y aumenta su majestad el solemne aislamiento en aquel desierto. Mientras que la de Teopoztlán tuvo que satisfacer el problema complicado de un monumento de defensa militar, tumba, templo y observatorio astronómico; por tal circunstancia sus constructores levantaron un edificio que garantizara una perfecta estabilidad, y una eficaz defensa.

Sin embargo, esta, en su forma exterior, aunque no en dimensiones, puede clasificarse en una segunda variante del tipo clásico de las pirámides, con las de Sakkaráh o pirámide de gradas, considerada por Mariette como la más antigua. La egipcia excede a la de Teopoztlán en tres cuerpos más, pero exceptuando este detalle y considerándola desde el punto de vista de su construcción, la mexicana sobrepasa. En el revestimiento de sillares se nota tanto en una como en otra el laborioso esfuerzo del cincel para ajustar una a una todas las piedras y obtener por la nivelación de las hiladas horizontales y la colocación de las piedras de ángulo una pendiente uniforme y continua. En la de Sakkaráh el principio de la estabilidad fue resuelto por la superposición de materiales cuyo resultante fue la presión vertical. Mientras que la nuestra resuelve además el principio de equilibrio obtenido por fuerzas que obran en sentido opuesto. Este último principio de fuerzas activas resuelto en este monumento nos marca un largo período de tiempo transcurrido, nos indica el grado de cultura alcanzado por sus constructores y el sentimiento estético de su civilización. Ha llegado hasta nosotros y le contemplamos, le vemos respetado por los siglos, pero injuriados y despojados de las riquezas que guardó, por la destructora mano del hombre.

En derredor de esta pirámide hay mucho que exhumar, mucho que aún queda oculto en las entrañas de los bosques, en la aspereza de las montañas o solo quizás a algunos palmos bajo la tierra, que vendrá a completar tan grandioso cuadro y que derramará luz inesperada sobre muchos puntos oscuros de nuestra historia.

Con este descubrimiento se suministran al explorador algunos capítulos más de nuestra historia antigua, historia que dejó escrita el hombre con paciencia y trabajo,

pudiéndose decir que tales monumentos son hojas sueltas del gran libro del pasado que los sabios, a través de los siglos y especialmente en estos días, están encargados de descifrar.

¡Ojalá el estudio de este nuevo monumento arquitectónico sea el principio de un nuevo capítulo de la historia patria!

El Supremo Gobierno fomentará sin duda el entusiasmo que se ha despertado por las investigaciones arqueológicas, encomendando su prosecución a personas a quienes su reconocido saber haya concedido títulos y competencia indiscutibles para interrogar las hasta hoy mudas páginas de nuestro pasado, arrancarles el secreto que ocultan y levantar el espeso velo que sobre ellas ha extendido la mano inexorable del tiempo”.